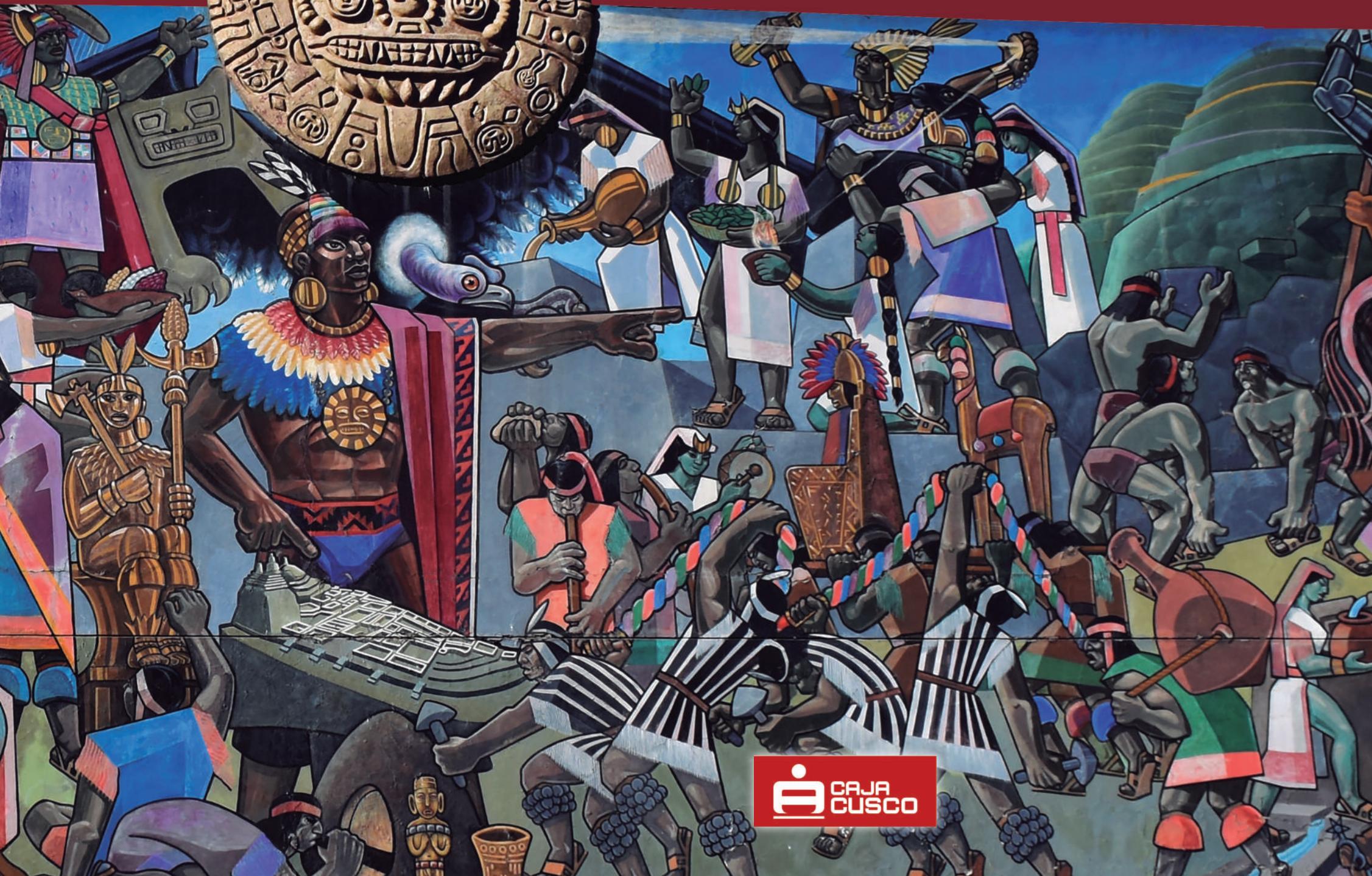


CUSCO en la historia



CUSCO en la historia



Cusco en la historia

© Caja Municipal del Cusco
© De fotografías y textos sus autores
Todos los derechos reservados
All rights reserved

Caja Municipal de Ahorro y Crédito Cusco

Avenida de la Cultura 1624. Wanchaq, Cusco, Perú.
Teléfono (51)(84)606061
www.cmac-cusco.com.pe

Junta General de Accionistas

Ricardo Valderrama Fernández
Alcalde Honorable Municipalidad Provincial del Cusco
Presidente de la Junta General de Accionistas Caja Cusco

Regidores

Romi Carmen Infantas Soto
Miguel Ángel Tinajeros Arteta
Freddy Gualberto Orosco Cusihuamán
Jafet Hildebrando Cervantes Mansilla
Marco Antonio Marroquín Muñiz
Edson Julio Salas Fortón
Rutbelia Huamaní Ochoa
María Hilda Rozas Cáceres
Katia Roxana Revollar Flórez
Miguel Ángel Cabrera Quiñonez
Tania Cardeña Zúñiga
Ricardo Almanza Quiñones

Directorio

Fernando Ruiz-Caro Villagarcía
Presidente del Directorio

Directores

Guido Bayro Orellana
Amadeo Vera Milla
Alberto Carpio Joyas
Carlos Tamayo Caparó
Luis Alberto Murillo Ormachea
Carlos Enrique Quispe Altamirano

Gerencia mancomunada

Sandra Yadira Bustamante Yábar, Gerente Central de Operaciones y Finanzas
Wálter Nieri Rojas Echevarría, Gerente Central de Negocios
John Edward Olivera Murillos, Gerente Central de Administración

Coordinación

Eduardo Mosqueira Mellado, Coordinador de Relaciones Públicas

Editor:

Luis Nieto Degregori

Textos:

Luis Nieto Degregori
Fernando Ruiz-Caro Villagarcía

Fotografías:

Manolo Chávez
Enrique Estrada
Hermanos Cabrera
Jazmín Lezama
Mario Manrique
Omar Paredes
Adriana Peralta
Alfredo Velarde

Diseño y diagramación:

Gonzalo Nieto Degregori

Impresión:

Q&P Impresores S.R.L.
Av. Ignacio Merino 1546 Lince, Lima Perú.
Telf.: (01) 470 1788 - 266 0754

Cusco, Diciembre del 2020

Tiraje: 4000 ejemplares

Hecho el Depósito de Ley en la Biblioteca Nacional del Perú Nro. **Xxxxxxx**
Prohibida la reproducción total o parcial de este libro sin permiso de los editores
Los textos y fotografías son propiedad exclusiva de los respectivos autores y son
responsabilidad de los mismos.

Carátula

y guardas:
Mural de la historia del Cusco de Juan Bravo Vizcarra.
Fotografía de Manolo Chávez.

Página 5. Inti Raymi. Fotografía de Manolo Chávez.

Páginas 6 y 7. Vista aérea de Sacsayhuamán y de parte del centro histórico de
Cusco. Fotografía de Manolo Chávez.

Páginas 8 y 9. Vista panorámica del Valle de Cusco. Fotografía de Manolo Chávez.

Página 10. Vista nocturna de la iglesia de la Compañía. Fotografía Manolo Chávez.

Página 12. Corpus Christi. Fotografía de Alfredo Velarde.













Contenido

PRESENTACIÓN	13
EL CUSCO PREINCAICO	15
EL CUSCO INCAICO	27
LAS HUACAS DEL CUSCO	41
EL CUSCO COLONIAL	49
LA ESCUELA CUSQUEÑA DE PINTURA	65
LA PLATERÍA CUSQUEÑA	73
El Cusco republicano	79
LA ESCUELA CUSQUEÑA DE FOTOGRAFÍA	91
CAMBIOS EN LA CULTURA URBANA DEL CUSCO	101
EL CUSCO AL BICENTENARIO	113



Presentación

Desde que se constituyó el fondo editorial de Caja Cusco con ocasión de sus veinticinco años de existencia, hemos venido publicando un libro con periodicidad anual y de preferencia presentándolo como homenaje a nuestra ciudad por su día. Este año nos hubiese gustado que también fuera así, mas por las circunstancias que todos conocemos esto no fue posible: atravesamos un momento inesperado en nuestra historia, con una pandemia global que ha paralizado no solo nuestro país sino el mundo entero.

El tema escogido este año es nada menos que "Cusco" pues entendemos que era necesario tener una mirada global de la historia local. Por ello, a lo largo de las páginas de este libro podrán ver de manera sucinta cómo se desarrolló esta ciudad que en algún momento llegó a ser el centro de la mayor cultura que haya florecido en el hemisferio sur de nuestro planeta, con influencia directa sobre una parte muy importante de Sudamérica.

Se trata de un proceso que abarca varios milenios, desde los primeros asentamientos humanos que se dieron en este valle hasta su posterior encumbramiento como capital imperial de los Incas, con sus edificaciones incomparables que solo fueron posibles gracias a una agricultura muy avanzada y a una organización social sumamente compleja. La dominación española supo ver estos logros civilizatorios como un acicate y se esmeró en la implantación de una nueva cultura reflejada en los magníficos monumentos de esa época, los mismos que no permanecieron ajenos a la influencia indígena y mestiza.

Fue en Cusco, asimismo, donde se dieron los primeros movimientos libertarios de nuestro continente. Nuestra plaza mayor fue así el escenario del castigo más cruel al que haya sido sometido un ser humano que luchaba por la libertad de su pueblo. La ejecución de José Gabriel Túpac Amaru, Micaela Bastidas y su familia fue, sin embargo, la semilla de otras gestas libertarias que consolidaron un movimiento nacional indígena.

Ya en el período republicano, un grupo de jóvenes intelectuales impulsó la reforma universitaria a comienzos del siglo XX y dio pie a movimientos de reivindicación como el indigenismo y el cusqueñismo. Finalmente, nuestro Cusco devino en las últimas décadas en una ciudad cosmopolita cuya economía gira en torno a nuevas actividades como el turismo y nuevas corrientes de pensamiento. Precisamente en torno a estos últimos temas, Luis Nieto Degregori, el autor de los textos que conforman el libro, me cedió la posta para incluir un artículo sobre el Cusco del Bicentenario.

En suma, es un privilegio para Caja Cusco presentar esta nueva entrega editorial como muestra de nuestro compromiso constante con el desarrollo y engrandecimiento de nuestra región, haciendo que la historia sirva de inspiración para construir un futuro mejor para todos.

Fernando Ruiz Caro
Presidente del Directorio



An aerial photograph of a valley in the Andes. The valley floor is filled with green fields, some with small farm buildings. A deep blue river curves through the valley. The surrounding mountains are steep and covered in dense green vegetation. The text 'El Cusco preincaico' is overlaid in the center of the image.

El Cusco preincaico



El valle del Cusco, que se extiende desde la cabecera del río Huatanay hasta la desembocadura de éste en el Vilcanota luego de hacer un giro a la altura de la laguna de Lucre, fue teatro, a lo largo de cerca de tres mil años, de desarrollos culturales que desembocaron en el nacimiento del imperio más poderoso que surgió en América de Sur antes de la llegada de los españoles.

Tres son los espacios que se pueden distinguir en este extenso valle: en el extremo norte, la cuenca del Huatanay, donde se asentaría el Cusco incaico; en el extremo sur, la cuenca de la laguna de Lucre, conocida como Muina o Mohina por los incas y en los primeros siglos de dominación española; y entre ambos puntos, delimitados por las gargantas de Angostura y Oropesa, una porción del valle donde actualmente están las poblaciones de Oropesa y Saylla.

En la cabecera del valle, a unos cuatro kilómetros al sur del centro de la ciudad, fue encontrado el sitio más antiguo con un

importante desarrollo de cerámica. Bautizado como Marcavalle por el nombre actual del lugar, se trató al parecer de una extensa aldea que fue consolidándose a lo largo de varios siglos, entre los 1000 y los 700 años antes de Cristo. Los Marcavalles se dedicaron principalmente a la producción de carne de camélido, la que conservaban con ayuda de la sal proveniente de las adyacentes salineras de San Sebastián, en uso hasta hace poco. Estos antiguos cusqueños fueron también productores de cerámica y practicaron una agricultura incipiente a base de frijol o poroto. Sus viviendas fueron de barro y, por lo menos hasta el momento, no se han encontrado evidencias de que tuvieran una organización social estratificada. Es en todo caso la conclusión a la que llega Karen Mohr Chávez luego de sus exhaustivas investigaciones: "Marcavalle es una localidad relativamente auto-suficiente dentro de un área de interdependencia en la sierra sur, en el que varias localidades con especialidades económicas particulares participaron en una red de intercambios y por con-

◀
A doble página, vista aérea de Piquillacta y la laguna de Lucre o Huacarpay, como se le denomina actualmente. Fotografía de Manolo Chávez

Piquillacta. Fotografía de Omar Paredes



siguiente de interacción regional, pero sin un sistema estatal de organización política."

En los siglos siguientes, entre los 500 y los 200 años antes de Cristo, surgieron otras aldeas con estilos cerámicos definidos como Chanapata y Wimpillay. El arqueólogo estadounidense John Rowe, quien fue el primero en estudiar estos sitios, nos dice que sus habitantes los escogían por su cercanía a buenas tierras agrícolas y al mismo tiempo a zonas de pastoreo donde podían mantener grandes cantidades de camélidos. Haciendo un balance de las investigaciones de esta etapa de desarrollo cultural en la cabecera del valle del Cusco, Brian Bauer señala que los numerosos villorrios que estaban dispersos por aquí y por allá y cuya población iba desde unas decenas de personas a algunos cientos probablemente reflejaban el crecimiento de una pequeña sociedad jefatural. La aldea de Wimpillay, con los restos ceremoniales encontrados en la cima del aledaño cerro Muyu Orco, pudo haber sido el centro desde donde se controlaba los asentamientos ubicados en las partes más bajas del valle. Sin embargo, el acelerado proceso de urbanización de estos sectores de la ciudad se ha convertido en un obstáculo para ulteriores investigaciones, como en su momento ocurrió en Marcavalle.

Es la cuenca de Lucre, sin embargo, la que en un comienzo fue el ombligo de esta pequeña porción del área andina que con el tiempo llegaría a jactarse de ser el "centro del mundo". La riqueza y la diversidad de recursos, así como una posición en muchos sentidos estratégica, son los factores que explican el protagonismo de estos territorios. Tierras productivas en las partes bajas, variedad de pisos ecológicos, abundancia de especies lacustres,

apetecible presencia de los rizomas de la totora y un clima relativamente suave para el duro hábitat altoandino, distinguen ventajosamente esta cuenca de otros espacios de la sierra sur. Por si fuera poco, su posición geográfica es a todas luces favorable para ejercer el control de todo el valle del Cusco, así como de las partes altas del ubérrimo valle del Vilcanota, desde Andahuayllas hasta Sicuani, que son la puerta de entrada al Altiplano.

Todo esto debió inducir a los Wari a escoger la cuenca de Lucre para establecer uno de sus más importantes centros provinciales cuando se encontraban en pleno proceso de expansión. Piquillacta, una ciudadela construida planificadamente hacia los años 600 - 650 de nuestra era en las faldas del cerro Huchuy Balcón, en una posición dominante sobre la laguna de Lucre o Muina, es el testigo más impactante del paso de los Wari por estos lugares, pero no el único. Sitios Wari se encuentran también defendiendo las entradas a la cuenca por el lado del Cusco y por el de Andahuayllas, así como alrededor de la laguna. Más aún, estudios realizados en las últimas décadas están encontrando huellas de la presencia Wari casi a todo lo largo de la parte alta del valle del Vilcanota, desde el sector de Andahuayllas hasta San Pedro de Racchi y las inmediaciones de Sicuani, unos cien-
to cuarenta kilómetros al sur del Cusco.

Gordon McEwan, que ha dedicado años al estudio de lo que él llama "el gran Piquillacta"; es decir, el conjunto de sitios Wari que en la cuenca de Lucre están claramente nucleados alrededor de la ciudadela, ha llamado la atención sobre algunos de los rasgos más impresionantes de ésta, empezando por su tamaño y forma. Por su extensión, en efecto, alrededor de dos

Choquepuquio, pue-
blo principal de los
Muina. Fotografía de
Alfredo Velarde.

kilómetros cuadrados, Piquillacta es casi tan grande como el Cusco incaico. Más impactante aún es la rígida forma geométrica del sitio, que, a decir de McEwan, vista desde el aire semeja una parrilla colocada dentro de un rectángulo casi perfecto.

El nombre quechua con el que se conoce actualmente este sitio arqueológico, "pueblo de pulgas", es tardío y quizás se deba a otra de sus intrigantes características: la presencia de más de setecientas pequeñas estructuras individuales dentro de un bloque principal de 745 por 630 metros. Como si se tratara de un gigantesco e intrincadísimo laberinto, son pocos los corredores que conectan estas estructuras y escaso también el número de puertas y ventanas, con el agravante de que muchos de estos elementos se encuentran en recintos rodeados por otros más grandes que carecen de vanos de acceso.

Cerca de dos siglos duró, según los estudios de McEwan, la ocupación Wari de Piquillacta. De los años 800 - 850 datan efectivamente las últimas construcciones y un siglo después, hacia los años 950 - 1000 de nuestra era, el sitio fue definitivamente abandonado y así ha permanecido hasta el presente.

Los datos arqueológicos muestran que al momento de la conquista Wari dos culturas se estaban desarrollando en el valle del Cusco, una en el norte, en la cuenca del Huatanay, y la segunda en la cuenca misma de Lucre y en los sectores adyacentes de Andahuayllas y Huaro. La cerámica de la primera de estas culturas ha sido bautizada por los arqueólogos como Qotakalli y la de la segunda como Lucre. Anterior a la Lucre y con un área de distribución muy similar, se ha encontrado una cerámica bautizada como Chanapata.

Los dos o tres siglos de presencia Wari en la sierra sur resultaron definitorios para los grupos humanos que la poblaban. De hecho, por la influencia de Wari en la cerámica Qotakalli surge, en el norte del valle, la Killke, que, como es casi consenso entre los especialistas a raíz de las investigaciones realizadas en los últimos años, es el antecedente inmediato de la cerámica Inca. La cerámica Lucre, por su parte, muestra tan fuerte influencia Wari que los especialistas la han dividido en dos variantes básicas, una contemporánea a la Wari y que la imita en mucho y otra posterior, que mantiene todavía huellas de la influencia Wari pero se acerca al mismo tiempo a la cerámica Killke.

Mucho más determinantes para los ulteriores desarrollos culturales en el valle del Cusco resultaron, sin embargo, aspectos tales del Imperio Wari como su avanzado sistema de organización y manejo de recursos, así como las redes de caminos construidos para conectar la capital imperial con centros regionales como Piquillacta.

Tras el derrumbe Wari, pasaron otros dos o tres siglos aproximadamente antes de que en la cabecera del valle del Cusco surgiera, hacia el año 1200, un señorío que en un comienzo convivió y rivalizó con varios otros casi iguales en poderío y que luego fue fortaleciéndose poco a poco hasta resultar dominante primero en todo el valle y luego en toda la región cusqueña. Se trata precisamente de ese grupo humano que era portador de la cerámica que los arqueólogos han bautizado como Killke y que tomó el nombre de Incas.

Como hombre poderoso que quiere olvidar sus raíces humildes, los Incas en algún momento de su historia, probablemente



Choquepuquio. Fotografía de Omar Paredes.



a partir del reinado del gran Pachacútec Inca Yupanqui, se adjudicaron un origen externo al valle del Cusco y, por lo mismo, marcaron distancia con los otros grupos étnicos o señoríos que durante varios siglos habían marchado codo a codo con ellos, contentándolos a lo sumo, como veremos más adelante, con especiales privilegios como el considerarlos orejones.

Esta es la razón por la cual las disciplinas históricas, que se apoyan en las crónicas y otros documentos, tienen tantas dificultades para explicar el origen de los Incas, obscurecido por mitos que han alcanzado tantísima difusión como el de Manco Cápac y Mama Ocllo o el de los hermanos Ayar. Esta es la razón también por la que resulta sumamente complicado, para el caso específico de la cuenca de Lucre, compaginar los datos arqueológicos con los históricos y etnohistóricos.

Con todo, regresando a los años de surgimiento del señorío de los Incas en la cabecera del valle del Cusco, hay suficiente información histórica para delinejar lo que estaba sucediendo en el otro extremo del valle, en la cuenca de Lucre y en el sector de Andahuayllas.

Garcilaso es quien proporciona la información más valiosa sobre los grupos étnicos asentados a lo largo del Huatanay y, más al sur, en las orillas del Vilcanota, aunque atribuyendo la fundación de sus pueblos al designio del primer inca, Manco Cápac. Dice el cronista mestizo:

“Al mediodía de la ciudad se poblaron 30 a 40 pueblos, 18 de la nación Ayarmaca, los cuales se derramaban a una mano y a otra del camino real del Collasuyo por espacio de tres leguas de largo,

empezando del paraje de las Salinas, que están una legua pequeña de la ciudad. Los demás pueblos son de gentes de cinco o seis apellidos, que son: Quespicanchi, Muina, Urcos, Quéhuar, Huáruc, Cauña.” (*Comentarios Reales*. Libro I, cap. XX)

El análisis crítico de la información proporcionada por Garcilaso y otros cronistas ha llevado a los especialistas a sostener que efectivamente en tiempos de los primeros incas la cuenca de Lucre era el centro de una alianza de Muinas, Quiguares (los Quéhuar de Garcilaso), Huaro (Huáruc en Garcilaso) y Urcos; es decir, de los grupos étnicos asentados, respectivamente, alrededor de la laguna de Lucre o Muina, en el sector de Andahuayllas (territorio de los Quiguares) y en los sectores de Huaro y Urcos.

Más aún, todo parece indicar que los Muinas eran aliados también de dos señoríos que estaban inmediatamente al norte de la cuenca de Lucre, en la porción del valle que está entre las gargantas de Oropesa y de Angostura. Uno de estos señoríos, el de los Ayarmaca, es nombrado también por Garcilaso, y el otro, el de los Pinagua, es mencionado repetidas veces por Pedro Sarmiento de Gamboa y otros cronistas. Los Pinagua, por lo demás, eran vecinos de los Muina pues ocupaban el sector donde actualmente se encuentra el pueblo de Oropesa.

El comienzo del segundo milenio, es decir los dos siglos que van del año 1000 al 1200, parece haber sido crucial en el desarrollo de estos pueblos y a la larga en el de toda el área andina. Herederos del complejo sistema de organización de los Wari, constituyeron seguramente pequeños estados que competían entre sí, siendo los más pujantes y agresivos, por una parte, los



Vista parcial de Piquillacta. Fotografía de Omar Paredes.





Muina y sus aliados Quiguares o Andahuaylillas, Huaro y Urcos, y por la otra, el grupo étnico que estaba asentado en la cabecera del valle y que tomaría el nombre de Incas. Según se infiere de las crónicas y otros documentos, Pinaguas y Ayarmacas, en este mismo período, habrían jugado el rol de amortiguadores entre los dos bandos más agresivos.

A juzgar por las evidencias arqueológicas e históricas, en este período, al igual como había ocurrido durante la ocupación Wari, la cuenca de Lucre siguió siendo la más gravitante en todo este espacio. Choquepuquio, un sitio que se desarrolló aproximadamente entre el año 900 y el 1300 y que habría sido el pueblo principal de los Muina, supera de lejos, por lo menos según el estado actual de las investigaciones, a sitios ubicados en los territorios de otros grupos étnicos. Gordon McEwan, que ha estudiado este asentamiento localizado en la entrada a la cuenca, allí donde el Huatanay hace un giro para ir a desembocar en el Vilcanota, destaca la combinación en su arquitectura de las tradiciones locales y de la influencia Wari. A ésta última se deberían las paredes de gran altura (de diez a doce metros) y con un corte vertical similar al de Piquillacta, así como las largas calles o galerías que dichas paredes conforman. Por la tradición local, en cambio, habrían sido dictados los nichos trapezoidales de algunas estructuras.

Ecos de la permanente rivalidad entre los Muina y sus aliados, de un lado, y los Incas, de otro, los encontramos en las páginas de la *Historia de los Incas*, de Pedro Sarmiento de Gamboa, así como en Guaman Poma y otros cronistas. Según Sarmiento, por temor a los Incas el sinchi de los Ayarmacá habría

ofrecido a su hija Curihílpay en matrimonio a Cápac Yupanqui. El sucesor de éste, Inca Roca, habría conquistado “con gran violencia y crueldad a los pueblos llamados Muyna y Pinaua, cuatro leguas poco más del Cusco al susueste,” y matado a sus sinchis Muyna Pongo y Uamantopa. Otro sinchi de los Ayarmacá, Tocay Cápac, habría jugado un papel protagónico en el rapto del pequeño hijo de Inca Roca, el futuro Yáhuar Huaca. Este, al llegar a gobernante, a su vez “hizo gente contra Mohina y Pinagua y nombró por capitán general a Uicaquírao, su hermano, el cual conquistó dichos pueblos.” Siempre según Sarmiento, por último, Huiracocha “fue sobre los pueblos de Mohina y Pinagua, que ya se habían puesto en libertad aunque Yaguar Guaca los había destruido.”

Huiracocha y sobre todo su hijo Pachacútec parecen ser quienes definitivamente sometieron a los Muina, Pinagua y sus restantes aliados, como los Quiguares de Andahuaylillas. Pachacútec habría ordenado incluso arrasar Choquepuquio, el centro principal de los Muina, como parece corroborarlo la evidencia arqueológica según las apreciaciones de Gordon McEwan. No contento con borrar cualquier huella material del poderío de sus antiguos rivales, el gran edificador del Imperio del Tahuantinsuyo decidió borrar también de la memoria de los pobladores del valle del Cusco ese largo período en que los Incas eran sólo uno más de los señoríos que se disputaban la hegemonía en este espacio. En adelante, la historia oficial del Imperio consignaría que los primeros Incas llegaron a imponerse en estas

tierras sea desde el cercano Pacarictambo, en la actual provincia de Paruro, sea desde el lejano Altiplano, convirtiéndolas, con el nombre de Cusco, en el centro del universo.

Terca, sin embargo, se ha mostrado en este caso la memoria histórica pues en cierto modo es posible rastrear en crónicas y documentos la importancia que alguna vez tuvieron los señoríos de los Muina, Pinagua y Ayarmacá e incluso la centralidad de la cuenca de Lucre. Es lo que se lee entre líneas, por ejemplo, en el relato que hace Guaman Poma sobre el primer inca, al que llama Tocay Cápac y por otros nombres Capac Inga y Pinau Cápac, considerándolo más legítimo que Manco Cápac, el primero de la dinastía cusqueña según las versiones más difundidas de la historia del Tahuantinsuyo. Tocay Cápac fue, recordemos, un sinchi de los Ayarmacá y Pinau Cápac puede ser el sinchi de los Pinagua.

Más transparente aún resulta un mito relatado por Garcilaso que relaciona el origen de los Incas con la aparición en Tiahuanaco de un hombre tan poderoso que “repartió el mundo en cuatro partes y las dio a cuatro hombres que llamó reyes: el primero se llamó Manco Cápac y el segundo Colla y el tercero Tocay y el cuarto Pinhua.” Al primero en esta repartición le habría tocado la parte septentrional y al segundo la meridional. El levante fue para Tocay y el poniente para Pinhua. “Dicen que de este repartimiento del mundo nació después el que hicieron los Incas de su reino llamado Tahuantinsuyo”, puntualiza el cronista mestizo al rematar su relato.

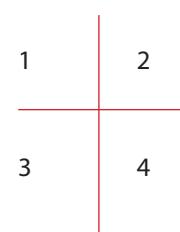
◀
Vista parcial de Piquillacta. Fotografía de Omar Paredes.





El Cusco incaico





El más grande logro de las antiguas civilizaciones andinas fue, qué duda cabe, una agricultura que domesticó decenas de especies, incluidas algunas que ahora están en la mesa de casi toda la humanidad. Y estas civilizaciones agrícolas construyeron, en el corazón de las montañas que durante milenios habían desafiado su laboriosidad e ingenio, una de las ciudades más asombrosas de su época: el Cusco.

No cometamos, sin embargo, el error de buscar las huellas del Cusco incaico solo en los restos de su arquitectura monumental. Viajemos con calma en el tiempo, con la suficiente calma para despojarnos de la mirada del “homo urbanus”, el hombre que desde hace unas décadas ha hecho de las ciudades su hábitat primordial, y ascendamos a una de las alturas que dominaban el Cusco para tener una visión de conjunto y una comprensión cabal de la capital incaica.

Escojamos, por ejemplo, el Huanacauri, esa montaña sagrada con la que los incas relacionaban su origen. Desde su cumbre sobre los cuatro mil metros de altura tendremos a nuestros

pies un extenso valle que evoluciona en dirección sudeste, regado por las aguas del río Huatanay que a su vez recoge las de numerosos riachuelos que descienden de las montañas. El cielo, la luz y el aire llamarán poderosamente nuestra atención, el primero por su azul intenso y la segunda por su brillo cegador, salvo que sean las primeras horas de la mañana o las últimas de la tarde, cuando esa luz adquiere una dorada calidez. Y el aire, el aire a esas alturas –tres mil y tantos metros en el fondo del valle– es definitivamente más ralo y transparente.

Acostumbrada al fin la vista a esa luminosidad, caeremos en cuenta de que nunca antes hemos recorrido con la mirada un valle como ese: cada palmo de terreno es trabajado esforzadamente, con sinnúmero de andenes en las faldas de los cerros y llevando el agua por canales en las zonas llanas, menos extensas. Hasta los ríos y riachuelos parecen responder a este esmerado orden y es porque sus cauces están, donde hace falta, canalizados con muros de piedra en ambas orillas para que el agua que escaseará en la época seca no deje sedientos los cul-

◀
A doble página, vista panorámica de Machupicchu. Fotografía de Manolo Chávez.

1. Colcampata. Fotografía de Manolo Chávez.
2. Tipón. Fotografía de Alfredo Velarde.
3. Calle Romeritos. Fotografía de Alfredo Velarde.
4. Calle Hatun Rumiyoc. Fotografía de Alfredo Velarde.





◀
Recintos arquitectónicos en Písac.
Fotografía de Manolo Chávez.

Andenería en Písac.
Fotografía de Manolo Chávez.

Canalización del río Cachimayo unos quinientos metros aguas abajo de Tambomachay. Fotografía de Mónica Paredes.

▶
Vista panorámica del valle de Cusco.
Fotografía de Enrique Estrada.

tivos o para que cuando llueva copiosamente la otra mitad del año no vayan a producirse desbordes.

Nuestro asombro, sin embargo, provendrá no solo de ese valle que pareciera convertido en un delicado jardín por una raza de gigantes. También nos arrancarán exclamaciones los centenares de edificaciones diseminadas por doquier. Las hay de todo tipo y calidad. Las encaramadas casi en las cumbres de los cerros, construidas como con molde, son depósitos para el maíz, las papas y los otros frutos de la tierra. Las que destacan por sus proporciones y se enseñorean sobre los campos más ubérrimos son de incas o de sus esposas las coyas o de señores o señoritas de linaje real, las panacas. Las más humildes y numerosas –simples bohíos como las llamaban los españoles, chozas como diríamos nosotros– son las de las mujeres y hombres que cultivan la tierra.

Recién ahora, tras aquilatar la escala e importancia de los suburbios del Cusco, ubiquemos ese gran camino que se dirige a las frías regiones del altiplano y sigámoslo en sentido inverso, hacia el nordeste, donde en la cabecera del valle se levanta el núcleo propiamente urbano del Cusco. Notaremos, si aguzamos la vista, que está flanqueado por dos ríos, el Saphi y el Tullumayo, y que a ambos lados de estos ríos se repite el patrón que ya conocemos: andenería de gran calidad que se distingue incluso a la distancia y barrios donde vive el pueblo llano, agricultores seguramente, pero también alfareros, tejedoras, orfebres, alarifes, soldados, sirvientes, toda esa gente que atiende las necesidades de una suntuosa corte.

Casi todos los cronistas, basándose en los relatos que los incas transmitían sobre su pasado, coinciden en que fue el gran

Pachacútec quien le cambió el rostro a la ciudad para que fuera digna del imperio cada vez más extenso del que era cabeza. Imaginemos a este gobernante, rodeado de la nobleza, los sacerdotes y los mejores arquitectos, en la cumbre del cerro Sacsayhuamán, a cuyas faldas, donde la pendiente se torna más suave, está la modesta ciudad que tras un despliegue nunca antes visto de obras públicas deberá despertar la admiración de todas las naciones, aliadas, vasallas y rivales.

El ciclópeo conjunto que ahora vemos en el cerro Sacsayhuamán todavía no había sido edificado, pero igual la montaña, sin ser muy elevada, dominaba el paisaje no solo de la ciudad sino de todo el valle. Desde ese mirador privilegiado, el inca y su séquito eligieron el lugar que estaría destinado a la gran plaza, que debía ser lo suficientemente grande para albergar a miles en las ceremonias principales, y fueron señalando los sitios donde se levantarían templos, palacios, recintos para actos públicos, talleres, viviendas. Seguramente diestros artesanos iban recogiendo cada decisión en grandes maquetas de arcilla que allí mismo empezaban a tomar la forma que en unos años más tendría la ciudad, la primera de varias que iba a responder a una meticulosa planificación.

¿Fue en esas jornadas que se decidió que la ciudad sagrada tendría la totémica forma de un puma? ¿O ya entonces sus moradores, tan identificados con las fuerzas telúricas y el paisaje, consideraban que el espacio entre los ríos Saphi y Tullumayo tenía la forma de un felino yacente y de allí la toponimia de algunos sectores: *Pumacurco* (“la espalda del puma”), *Pumachupan* (“la cola del puma”)...? En todo caso, lo que sí ordenó



el inca fue que el labrado de la piedra para los edificios emblemáticos fuera tan fino y la mampostería tan esmerada que provocasen pasmo en quienes visitaran el Cusco.

Cuando años más tarde el mismo Pachacútec presentó las ofrendas al Sol en el Inti Raymi, contempló, desde el *usnu* o altar de piedra que se levantaba en la gran plaza, hacia el norte su propio palacio y hacia el sur el Aclllahuasi o Templo de las Vírgenes del Sol. Hacia el este, donde nace el Sol, se levantaba un templo al Dios Huiracocha y hacia el poniente, el camino al Contisuyo discurría al pie de monumentales andenes. El Sunturhuasi, un torreón circular de unos cuatro pisos de altura que estaba delante del Aclllahuasi, completaba la majestuosidad de la gran plaza, que ocupaba lo que actualmente es la Plaza de Armas, la Plaza Regocijo, el Hotel Cusco y las dos manzanas adyacentes a una y otro. El río Saphi, que discurre justo debajo de estas dos manzanas, en la gran plaza estaba cubierto.

¿Había logrado el monarca que el Cusco fuese visto por todas las naciones andinas como la morada de los divinos Hijos del Sol? Si echamos una mirada al altar desde el que oficiaba las fiestas, un cuadrilátero de piedra de unos veinte metros de lado y uno o dos de altura totalmente cubierto de tejidos de vistosas plumas con abundantes adornos de oro, plata y piedras finas, o si nos atrevemos a entrar a un recinto sagrado como el Coricancha, tendremos la respuesta.

Una de las mejores descripciones del Templo del Sol, símbolo máximo del poder y la grandeza de los incas, la ha dejado el cronista Bernabé Cobo:

"Estaba hecho en este sitio un cercado de cuatro paredes altas visitosas de cantería (...). Cogía cada acera o lienzo deste cercado de cuatrocientos a quinientos pies, que venían a ser los de toda la fábrica como dos mil en cuadro (...). Dentro de esta cerca había muchos edificios; los principales eran cuatro piezas grandes puestas en cuadro y bien labradas que eran como capillas (...). La pieza principal o (como si dijésemos a nuestro modo) la capilla mayor en que estaba el altar del Sol y de los otros grandes dioses, tenía increíble riqueza; porque, en lugar de tapicería, estaba toda ella por dentro, techo y paredes, vestida y forrada de láminas de oro (...). La pared de la frontera deste templo, por la parte de fuera, tenía en lugar de cornisa una cinta hecha de planchas de oro, encajadas o clavadas en la piedra, de ancho de una tercia. En esta acera caía la puerta, que era una sola e iba a dar a un patio pequeño."

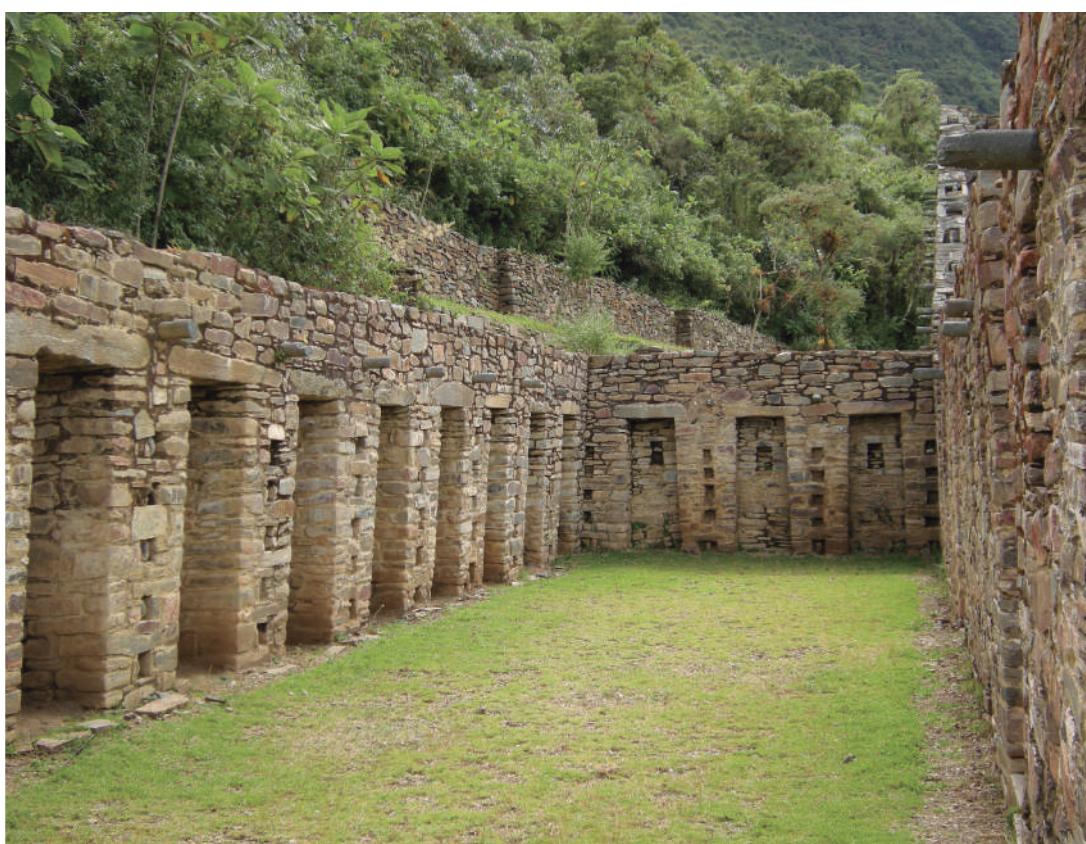
A la descripción de Cobo solo hay que añadir, para tratar de imaginar la deslumbrante opulencia del Templo del Sol, que en ocasiones especiales en uno de sus jardines surgía una huerta reluciente con llamas y plantas de maíz trabajadas todas en oro a tamaño natural. Tanta riqueza y tanto esplendor son las que dieron origen a esa sentencia que cautivaría la imaginación del Viejo Mundo: "Vale un Perú".

A la muerte de Pachacútec, su sucesor, Túpac Inca Yupanqui, inició una construcción arquitectónicamente aún más majestuosa que el propio Cusco: Sacsayhuamán. Han resistido al tiempo, casi en toda su imponencia, los tres baluartes que con su forma de zig-zag parecen evocar al dios *Illapa*, el rayo. En la cumbre del cerro, en cambio, solo han quedado los cimientos de numerosos

►
Torreón del Coricancha y sobre él el templo de Santo Domingo. Fotografía de Alfredo Velarde.







◀
Sector de los baluartes de Sacsayhuamán. Fotografía de Manolo Chávez.

1 2

3 4

Vistas de distintos recintos y sectores de Choquequirao. Fotografías de Mónica Paredes

▶
Muro de piedra en Ollantaytambo. Fotografía de Manolo Chávez.

recintos que miraban a la ciudad, entre ellos un imponente torreón circular, tal vez mayor en proporciones al Sunturhuasi de la gran plaza. Conjunto de adoratorios, necrópolis, depósitos, castillo o fortaleza, todas esas funciones debió cumplir Sacsayhumán, pero sobre todo, con sus murallas megalíticas, fue el portento arquitectónico que realzó aún más la monumentalidad del Cusco.

¿Podemos ya hacernos una idea aproximada de cómo lucía el Cusco incaico en la época de mayor auge del imperio más extenso de la América precolombina? Machu Picchu, otra maravilla del urbanismo incaico, puede ayudarnos en el empeño. Con otro paisaje, tal vez no tan exuberante pero igual de imponente por el anfiteatro de montañas que rodea el valle, incluido en la lejanía el pico nevado del Ausangate, el Cusco debió ser un Machu Picchu a muchísima mayor escala, con una arquitectura en general de mejor calidad e igualmente a la perfección adaptada a la topografía. Y por si fuera poco, este núcleo urbano articulaba, como hemos visto, unos suburbios que no lo desmerecían y hasta competían con él con su conjunción de andenería, canales de riego y arquitectura señorial de las haciendas reales.

A esta ciudad de piedra cuidadosamente planificada y edificada en pocos decenios y a su zona suburbana que tras centurias de trabajos de acondicionamiento rendía al máximo su potencial agrícola les correspondía una compleja organización simbólica que subrayaba la sacralidad de la capital incaica. Si el Cusco, en efecto, era considerado el ombligo del mundo, el Coricancha era el centro de este espacio sagrado. Desde allí partía un conjunto de líneas, llamadas *ceques*, que enlazaban un sinúmero de huacas o adoratorios. La lista más completa dejada

por los cronistas incluye 328 de estos lugares considerados sagrados, que podían ser desde un maíz hasta un árbol grande, desde una piedra de forma especial hasta un palacio, desde un manantial hasta una cueva. Las líneas que los unían correspondían además a cada uno de los cuatro *suyos* o regiones que conformaban el Tahuantinsuyo y que dieron origen al nombre del imperio: nueve *ceques* al Chinchaysuyo, otros nueve al Antisuyo, nueve también al Collasuyo y catorce al Contisuyo.

Aunque los *ceques* del Cusco se suelen graficar como un sistema de 42 líneas rectas que parten como radios del Templo del Sol, las investigaciones arqueológicas muestran que los incas, al organizar su territorio de origen, apuntaban, más que a una rígida delimitación espacial como la de las jurisdicciones de la actualidad, a darle un soporte simbólico y una organización social al usufructo de los ricos recursos del valle. Hay investigadores que incluso sostienen, y seguramente con bastante razón, que los *ceques* eran una manera de asignar el uso de tierras de cultivo y aguas a determinadas *panacas* y *ayllus*; es decir, a los descendientes de los incas y a las comunidades de la región.

La historia que hasta aquí hemos contado se mide con dos calendarios muy diferentes. La del Cusco urbano monumental reedificado por Pachacútec data seguramente de 1450 en adelante, cuando empieza la expansión imperial de los incas, quienes en un lapso relativamente corto convirtieron un señorío de la sierra sur del Perú en el imperio más extenso de América. La de su entorno agrícola, en cambio, se mide no por decenios sino por siglos, desde aproximadamente el año 1000, cuando un imperio anterior al incaico, el Wari de origen ayacuchano, colapsa y



abandona el enorme centro regional de Piquillacta, construido unos treinta kilómetros al sudeste del Cusco para controlar estos territorios. Es un período, además, en el que el clima de la región experimenta un cambio importantísimo, bautizado como Período Cálido Medieval (1100 a 1490), que debe haber favorecido grandemente el desarrollo de esas sociedades de agricultores.

El interés de esta segunda historia, menos conocida que la primera, radica en que explica el origen del imperio incaico y, en cierto sentido, también su exitosa expansión. Los protagonistas son los numerosos grupos étnicos, alrededor de veinte, que habitaban la región de Cusco y que, a medida que fueron creciendo, intentaron imponer su supremacía a sus vecinos. Las más recientes investigaciones arqueológicas muestran que aproximadamente hacia el año 1200 una formación política importante dominaba ya el valle del Cusco. Y en los dos siglos siguientes este grupo étnico asentado en el Cusco fue imponiendo su dominio en zonas aledañas como Paruro, Anta, Chinchoro, Písac, Ollantaytambo y otras más. Curiosamente, fue en el sudeste del valle del Cusco, en la cuenca de la laguna de Lucre, que está al pie del ya mencionado sitio Wari de Piquillacta, donde este pujante grupo étnico encontró más resistencia. Muynas y pinahuas se llamaban los grupos que se negaron a doblegarse y que como castigo por su rebeldía fueron prácticamente diezmados o trasladados a poblar territorios lejanos.

En los doscientos años que demora en consolidarse en su propio territorio el grupo étnico que luego tomaría el apelativo de incas, una cerámica de calidad, bautizada como Killke por los especialistas, se producía ya en toda la región de Cusco. En este

mismo lapso es que debe haber comenzado la construcción a gran escala de terrazas agrícolas y canales de riego primero en todo el valle de Cusco y luego en las zonas más cercanas. Esta poderosa base agrícola es la que explica a la larga el poder que rápidamente ganaron los incas entre el año 1400 y la llegada a Cusco de los españoles en 1533.

¿Comprendieron los conquistadores el secreto del poderío incaico? Tal vez, cuando no los cegaba la ambición, estuvieron cerca de ello, como se desprende de una carta escrita por fray Vicente de Valverde, el sacerdote que presenció en Cajamarca la captura de Atahualpa, el último inca. Dice Valverde, lamentando la destrucción de la capital del gran imperio en una carta escrita al monarca español:

“....estaba este valle tan hermoso en edificios y población que en torno tenía, que era cosa de admirarse de ello, porque, aunque la ciudad en sí no tenía más de tres o cuatro mil casas, tenía en torno quasi veinte mil. La fortaleza que estaba sobre la ciudad parecía desde a parte una gran fortaleza de las de España. Ahora la mayor parte de la ciudad está toda derribada quemada. La fortaleza no tiene quasi nada enhiesto...”

Cusco, una ciudad que llegó a extender su dominio a buena parte de América del Sur y que se hizo poderosa transformando en su beneficio el paisaje de un extenso y majestuoso valle enclavado en el corazón de los Andes. “Ahora la mayor parte de la ciudad está toda derribada”, escribe el fraile español, pero esa ya es otra historia...



Mesa redonda. Fotografía de Alfredo Velarde.



Las huacas del Cusco



El Cusco incaico era una ciudad sagrada. Su sacralidad consistía no solo en que albergaba los santuarios más importantes del imperio y a los sacerdotes y doncellas encargadas del culto a los dioses más poderosos. Se podría decir, sin exagerar, que dicha sacralidad era omnipresente. Su expresión material eran los centenares de huacas que estaban diseminadas por toda la ciudad y su entorno.

Juan Polo de Ondegardo, quien fuera en dos oportunidades corregidor del Cusco en las primeras décadas de dominio español, nos ha dejado las primeras referencias a la naturaleza de las huacas que adoraban los incas, así como a las líneas o ceques que servían para organizarlas. Sobre lo primero Polo manifiesta: "El Cuzco y su comarca tenían gran suma de ídolos, huacas, villcas, adoratorios o mochaderos constituidos en diferentes partes." Y sobre los ceques dejó esta anotación en unos de sus informes: "Parecerá por la carta que yo hice de los ceques y adoratorios de la ciudad del Cuzco, había en aquella ciudad y legua y media a la redonda cuatrocientos y tantos lugares donde se hacían sacrificios y se gastaba mucha suma de hacienda en ellos para diferentes efectos que los indios tienen imaginado."

El centro de este sistema sagrado al que hace referencia Polo de Ondegardo era el Coricancha. Desde allí, de manera radial, partían unas líneas imaginarias (*ceque* en quechua) que unían un determinado número de huacas, algunas en la proximidad al templo del Sol, otras cada vez más distantes, en los confines ya del valle. Al igual que la ciudad en sí, que estaba dividida en dos mitades y a la vez en cuatro sectores, las líneas imaginarias respondían a la misma división. El Cusco de arriba (*Hanan Qosqo*) comprendía dos cuadrantes: el de Chinchaysuyo en el sector noroccidental y el de Antisuyo en el sector nororiental. El Cusco de abajo (*Hurin Qosqo*) albergaba otros dos cuadrantes: el de Contisuyo en el sector suroccidental y el de Collasuyo en el sector suroriental.

El total de líneas o *ceques* que partían del Coricancha era de cuarentaidós. Nueve líneas pertenecían al Chinchaysuyo; otras nueve, al Antisuyo; nueve al Collasuyo y quince al Contisuyo. A su vez, las líneas de cada cuadrante estaban organizadas en grupos o "haces" de tres respondiendo a las designaciones de *collana*, *payan* y *cayao*. Aunque no hay acuerdo entre los es-

◀
Tambillo. Fotografía de Manolo Chávez.

pecialistas sobre el significado específico de cada uno de estos términos, se puede decir que se referían a jerarquías de parentesco o grados de prestigio en base a la ascendencia. Es lo que sostiene, por ejemplo, Tom Zuidema, uno de los estudiosos del sistema de ceques, indicando que los *collana* eran los parientes primarios del Inca; los *payan*, los hijos de varones incas con mujeres que no eran incas y los *cayao*, las personas no incas.

Por otra parte, cada uno de los ceques jalonaba un número variado de huacas, desde un mínimo de tres hasta un máximo de quince. La naturaleza de las huacas era igual de diversa. Abundaban más las relacionadas con rasgos del paisaje, como manantes, rocas, cerros, cuevas y campos. Un segundo grupo, menos numeroso, lo conformaban estructuras arquitectónicas como templos, palacios y tumbas. No faltaban las que estaban asociadas con acontecimientos legendarios de la historia incaica como la fundación del Cusco o la guerra contra los chancas. La preponderancia entre las huacas de elementos paisajísticos se explica por la concepción que tenían los Incas y en general los antiguos peruanos de la naturaleza como algo vivo y con poderes sobrenaturales que condicionaban la vida de la gente.

El culto que se rendía a las huacas respondía también a razones diversas. Unas veces buscaba aplacar fuerzas destructoras como los terremotos, el granizo y el viento o, por el contrario, propiciar el favor de la lluvia y los manantes para que las cosechas fuesen abundantes. Otras huacas eran reverenciadas por su relación con el origen mítico de los Incas, como el cerro Huaynaauri, la montaña sagrada más importante de todo el valle. Un numeroso grupo de huacas, finalmente, debía su naturaleza

sagrada a episodios de la vida de los Incas que gobernarón el imperio y de sus esposas, como los palacios donde nacieron o donde eran conservadas sus momias.

Esta explicación de la naturaleza sagrada del Cusco incaico quedaría incompleta, sin embargo, si no consideráramos la compleja organización social que estaba detrás de ella. El culto a cada una de sus más de trescientas huacas estaba asignado a los linajes de cada inca o *panacas* reales, así como a los *ayllus* o grupos de parentesco que poblaban el valle. Además, en tanto los rituales consistían no solo en la oración y la reverencia sino en variadas ofrendas de todo tipo de bienes, cada huaca, de acuerdo a su importancia, disponía de campos de labranza y de ganado. El cuidar de estos campos era también labor de los grupos encargados de las huacas.

La información más completa sobre el sistema de ceques fue dejada por el cronista jesuita Bernabé Cobo en su *Historia del Nuevo Mundo* de 1653. La relación de huacas que proporciona Cobo ha sido el punto de partida de numerosas investigaciones que han tratado de desentrañar los secretos de la compleja organización religiosa y social del Cusco incaico. El estudio realizado a lo largo de cinco años por el equipo del arqueólogo estadounidense Brian Bauer es uno de los más exhaustivos pues combina el trabajo en archivos con la investigación en campo para identificar la ubicación de cada huaca en la actualidad.

De la mano de Bauer descubrimos que muchos de los lugares de visita obligada en el Cusco formaban parte del sistema de ceques. Tomemos, por ejemplo, algunas huacas del quinto ceque del Chinchaysuyo, que estaba a cargo de Iñaca Panaca,

- ▶ 1. Recinto arquitectónico en Pumamarca. Fotografía de Manolo Chávez.
- 2. Huaca en Sacsayhuamán. Fotografía de Manolo Chávez.
- 3. Teteacaca. Fotografía de Manolo Chávez.
- 4. Huaca en Sacsayhuamán. Fotografía de Manolo Chávez.



los descendientes del inca Pachacútec. Su primera huaca era el Cusicancha, el palacio ubicado frente al Coricancha donde nació Túpac Inca Yupanqui y donde actualmente funciona la Dirección Desconcentrada de Cultura. La segunda huaca era el templo llamado Pucamarca, donde se guardaba un ídolo del Trueno y que probablemente sea en la actualidad el local de un banco en la esquina de las calles Maruri y Arequipa. La cuarta huaca era la actual Plaza de Armas, mucho más extensa en tiempos de los incas pues cubría la Plaza de Armas, la Plaza Regocijo, las dos manzanas que las separan y la ocupada por el Hotel Cusco. La sexta huaca era el llamado Trono del Inca en Sacsayhuamán. La séptima huaca, por último, era el complejo arqueológico de Chacán, al noroeste de Sacsayhuamán, impresionante por una cueva que es atravesada por el río Saphi.

Explorar más a fondo el sistema de ceques puede llevarnos de sorpresa en sorpresa, sobre todo si recorremos las afueras de la ciudad. Así, si nos dirigimos hacia el este, en el sexto ceque del Antisuyo encontraremos el sitio arqueológico de Rumiwasi (casa de piedra), una edificación de gran calidad con un misterioso túnel debajo de ella. Unos kilómetros más allá, nos toparemos con Pumamarca, un pequeño palacio donde era guardada la momia de la esposa del inca Pachacútec.

Antes de que Brian Bauer y su equipo realizaran su estudio, la mayoría de investigadores presentaban el sistema de ceques como un conjunto de líneas rectas que, de manera radial, partían del Coricancha. La investigación de campo, por el contrario, mostró que cada ceque conformaba más bien una línea zigzagueante que discurría a lo largo de un espacio parecido a un cono o una



Algunas huacas del quinto ceque del Chinchaysuyo y del sexto del Antisuyo. En base a Brian Bauer. El espacio sagrado de los incas. El sistema de ceques del Cuzco. (2000)

porción de torta. Esto ha llevado a Bauer a sostener que "la formación, el desarrollo y la persistencia del sistema a lo largo del tiempo puede ser vista como un producto de las relaciones que existían entre los varios grupos de parentesco de la tierra natal de los incas. Al examinarlo dentro de un marco que permite las variantes en el número y en la ubicación de las huacas, así como en el curso de los ceques, el sistema se vuelve dinámico y logra responder a los acontecimientos específicos de la historia."

Rumiwasi, uno de los ceques del Antisuyo. Fotografía de Mónica Paredes.







El Cusco colonial



El Cusco tal como lo conocemos el día de hoy fue sin lugar a dudas hechura de los tres siglos de dominación española. Una mirada atenta a la ciudad permite, no obstante, rastrear su sustrato autóctono, andino. Y no nos referimos solo a lo más obvio como esa singular arquitectura de muros incaicos que sustentan templos católicos o casonas señoriales, sino a manifestaciones que pueden no dejar una huella material como la reorganización del espacio simbólico y sagrado de la ciudad. Descubramos ese Cusco que nació a partir de 1533 como resultado de fuerzas enormes que colisionaron durante siglos, cual capas tectónicas que chocan unas con otras alterando drásticamente el relieve del paisaje. Un Cusco que, cual una alta cordillera nacida de la actividad geológica, resultó siendo una ciudad pletórica de fuerza y carácter, por demás singular.

La iglesia y convento de Santo Domingo, edificados sobre el Coricancha tras desmontar algunos de sus muros pétreos pero conservando otros de gran calidad, es el mejor ejemplo de una arquitectura que no solo literalmente sino también simbólica-

mente se yergue sobre los restos de las construcciones que encarnaban el poder y la legitimidad de los vencidos. La iglesia y convento de Santa Catalina, levantados para albergar a monjas de clausura sobre los recintos en el que las *acllas* o vírgenes del sol dedicaban también su existencia al culto y sus complejos rituales, es otro ejemplo de lo mismo. Y en general, el Cusco que surge tras la conquista puede ser leído en esta clave: templo cristiano sobre templo incaico, palacete señorial sobre palacio de la nobleza nativa, muro de adobe a plomo sobre muro de piedra inclinado..., y de hecho así se hacía hasta hace poco debido a que nuestra mirada estaba sesgada por la filiación a la cultura occidental.

¿Esos muros de piedra, con una característica inclinación o talud que los hace resistentes a los movimientos sísmicos, no cumplieron más papel que sostener el segundo piso de las edificaciones hispanas? ¿La *cancha* incaica, el patrón con el que se agrupaba las viviendas dentro de un recinto rectangular con un solo acceso, desapareció sin más cuando se procedió entre los

Adoble página, claus-
tro del convento de la
Merced. Fotografía de
Manolo Chávez.

Detalle de la facha-
da de la iglesia de la
Compañía de Jesús.
Fotografía de Alfredo
Velarde.

1 2

3 4

conquistadores al reparto de solares en la antigua capital del Tahuantinsuyo? En apariencia sí, pero solo en apariencia.

Los últimos estudios sobre la original tipología de la casona colonial cusqueña muestran claramente que las *canchas*; esos recintos rectangulares que albergaban entre dos a ocho construcciones de planta también rectangular conformadas por un solo ambiente, condicionaron los rasgos que caracterizan a la casa cusqueña y la diferencian, por ejemplo, de la trujillana o la limeña. Dicho en otras palabras, los recios muros de la arquitectura incaica plantaron cara y obligaron al alarife español a tomarlos en cuenta de modo tal que las casonas coloniales cusqueñas no son, como se sosténía antes, un simple transplante de las castellanas.

Repasemos si no, recorriendo las calles del casco monumental y entrando a las casonas que nos esperan con el portón entrebabierto, algunos de los rasgos distintivos de la casa cusqueña heredados de la *cancha* incaica: muros de primer piso con una sola entrada de acceso y sin ventanas o con muy pocas y pequeñas cuando son de adobe y no de piedra, la distribución de las habitaciones en torno al patio y en general el que la vivienda esté volcada hacia el interior y no hacia la calle, estas mismas habitaciones que no se comunican entre sí sino con el patio, el ancho mismo de las habitaciones, etc., etc.

Algunas diferencias entre la casa cusqueña y las casas virreinales limeñas anotadas por el padre Antonio San Cristóbal muestran mejor las características híbridas de la primera. La cusqueña tenía un portón principal único en tanto la puerta carrocería era común en las viviendas limeñas del siglo XVII. En

estas, además, la sala principal estaba frente al zaguán de ingreso y contaba con una portada interior flanqueada por ventanas con lujosas rejas ornamentales. Este ambiente, en la casa cusqueña, estaba siempre en el segundo piso, que, dicho sea de paso, tenía por lo general habitaciones más amplias que las del piso bajo, pequeñas y dedicadas a cocina, despensa y otros servicios. Por lo mismo, en la casa cusqueña, a diferencia de la de Lima, no coinciden los muros transversales divisorios de las habitaciones de primer y segundo piso. La diferencia principal entre ambos tipos de casona, sin embargo, está en la forma como estaban organizados los patios: la casa limeña tenía casi siempre dos patios separados por una crujía o ala doble de habitaciones contiguas en tanto en la casa cusqueña, cuando existía el segundo patio, las habitaciones en él estaban dispuestas de la misma forma que en el primero, reproduciendo la disposición de las habitaciones en las *canchas* incaicas.

Fiel reflejo del carácter de sus moradores, la casa cusqueña es reservada, introvertida incluso, hosca cuando se la mira desde fuera, reacia a dejarnos pasar por un estrecho zaguán sumido en la semipenumbra, pero acogedora una vez que uno llega al patio bañado de sol e imponente con sus arquerías de piedra y reflexiva, como no podía ser de otra manera, con su apariencia y espíritu claustral. Si hasta pareciera que el tiempo, dentro de ella, corre lentamente, con la indolencia con que las piedras de columnas y arcos se calientan tras las inclemencias noches de las alturas andinas.

Mas del espíritu de la ciudad inca, esa ciudad sagrada dividida por los ceques o líneas que jalonaban cientos de huacas o

- ▶ 1. Fachada de casa colonial en la plaza de Andahuayllas. Fotografía de Alfredo Velarde.
- 2. Patio principal del Palacio del Almirante, actual museo Inka. Fotografía de Alfredo Velarde.
- 3. Patio principal de la Casa Concha, actual museo de Machupicchu. Fotografía de Alfredo Velarde.
- 4. Patio de casona colonial en Lamacpampa Chico. Fotografía de Alfredo Velarde.



adoratorios, ¿qué fue? ¿Perdió su alma el Cusco, se laicizó? Nada más lejos de la realidad. Desde el momento mismo en que los españoles empiezan a imponer una nueva fe y a mostrar la supremacía de su Dios con portentosas iglesias, la antigua nobleza incaica, y tras ella el resto de población nativa, empieza un largo y complejo proceso de reappropriarse de los espacios sagrados.

Las pesquisas de los historiadores en los archivos de la ciudad muestran, en efecto, que las primeras órdenes religiosas, franciscanos, dominicos, mercedarios, movieron sus influencias para que se les adjudicara, donara o vendiera sitios de primer orden. Se llevaron la palma, por supuesto, los dominicos, que sentaron sus reales en el Coricancha, pero no se quedaron atrás los jesuitas, que levantaron su iglesia en el Amarucancha –según unos palacio de Huayna Cápac y según otros de Huáscar–, en plena plaza principal de la ciudad.

La nobleza incaica, sin embargo, no asistió pasiva al despojo y, sea mediante mecanismos simbólicos o negociaciones concretas, encontró la manera de hacer sentir su poder y de dejar su sello en los nuevos lugares sagrados. Es lo que muestra José de Acosta, uno de los cronistas de la orden de San Ignacio de Loyola, cuando narra en una carta que para la edificación de la iglesia primigenia de la Compañía de Jesús los descendientes de los incas emplearon piedras de antiguas edificaciones, las que fueron acarreadas en medio de cantos y bailes. Es decir, continuando el antiguo ritual que pautaba la construcción de los principales conjuntos arquitectónicos del Cusco incaico.

Más aún, en los siglos siguientes, las antiguas *panacas* o linajes reales incaicos fueron tejiendo alianzas con determinadas

órdenes religiosas, ganando privilegios a cambio de la influencia que podían ejercer en la difícil tarea de evangelización de la población nativa. Es lo que hizo don Francisco Hilaquita Inga, descendiente directo de Huayna Cápac y Atahualpa, dos de los últimos gobernantes del imperio, al obtener que sus restos y los de sus descendientes fueran enterrados en la iglesia de Santo Domingo, vistiendo por lo demás el hábito de la orden. Sin duda, era la manera más contundente de mostrar que los cuerpos de los descendientes de los incas seguían siendo venerados en el Coricancha, como ocurría con las momias de los gobernantes del Tahuantinsuyo.

Esta última constatación nos traslada a las primeras décadas de ocupación española de la ciudad, cuando empezaban a cuajar las peculiares características de la fiesta religiosa más emblemática del Cusco colonial y del actual, la procesión del Corpus Christi. Las fiestas más solemnes del calendario incaico se realizaban, lo hemos dicho al hablar del Cusco de la época, en la gran plaza y a ellas asistían, cual si de divinidades se tratase, los restos momificados de todos los gobernantes, acompañados de un gran séquito de descendientes de sangre real y servidores. En estas ocasiones y también cuando se reunían en el Coricancha, lo que al parecer ocurría con mucha frecuencia, las momias eran agasajadas con comida y bebida, para lo cual en una pequeña fogata encendida con leña de madera y forma especial se quemaba los platos que el inca prefería en vida. Entre tanto, los asistentes a la ceremonia también compartían un ágape con platillos especiales.

Este culto a los ancestros se mantuvo vigente durante los primeros años de dominio hispano, por lo que las descripciones

►
El Señor de los Temblores en la procesión de Lunes Santo. Fotografía de Manolo Chávez.







Detalle de la torre de la iglesia de Santo Domingo. Fotografía de Alfredo Velarde.

Imagen de San José en la procesión de Corpus Christi. Fotografía de Alfredo Velarde.

San Cristóbal en la procesión de Corpus Christi. Fotografía de Manolo Chávez.

Patio principal de la casa San Bernardo, actual Centro Cultural de la Municipalidad de Cusco. Fotografía de Manolo Chávez.

que nos han llegado son de testigos de primera mano. Luego vendrían tiempos muy duros, cuando en aras de la evangelización empezaron las campañas de extirpación de idolatrías. Entonces, las momias reales debieron dejar sus palacios, donde tenían incluso oráculos que transmitían sus consejos y pareceres a los vivos, y fueron escondidas en la ciudad o en sus alrededores. El celo de uno de los primeros corregidores del Cusco, el licenciado Polo de Ondegardo, dio pie, sin embargo, a una persecución que terminó hacia 1559 con el hallazgo de casi todas las momias reales y su destrucción o envío a Lima. ¿Puso fin esto a las prácticas idolátricas de los pobladores de la capital incaica?

El licenciado Polo de Ondegardo recibió también el encargo de conformar las parroquias de indios alrededor de la parroquia matriz o de la Catedral, que era de españoles. El diligente funcionario virreinal cumplió su cometido el mismo año señalado y debe ser a partir de ese momento que en el mes de junio, cuando los incas celebraban el *Inti Raymi* en adoración al sol, empezaron, en la católica fiesta del Corpus Christi que estaba en boga en casi toda España y América, las procesiones que llevaban en andas las imágenes de los patrones de cada parroquia hasta la plaza principal. En ese espacio otrora sagrado, en los días más luminosos de la temporada seca del año, se lucían los santos y vírgenes más venerados con elegantísimos atuendos ante la población de la ciudad. Y por supuesto que cada imagen era acompañada con cuadrillas de músicos y danzantes indios, nobles y del común, y que toda la comitiva se agasajaba con un platillo especial y chicha en abundancia, la bebida sagrada hecha de maíz.

Se podrá argüir que en la época música y danza constituían parte importante del Corpus Christi no solo en Cusco sino a lo largo de toda la América hispana e incluso de la metrópoli. En el Cusco, sin embargo, como han hecho notar diversos investigadores, toda la fiesta adquirió ribetes particulares. Si los doctrineros querían que la presencia de Cristo en la hostia de la eucaristía fuera vista como "lumen" o fuente luminosa, los indios hicieron que la transubstanciación excediera el marco de la custodia y que toda la ciudad se transformara en un espacio sagrado de encuentro con Dios. Si los evangelizadores querían desplazar el culto a las momias de los incas con la veneración a los santos, los descendientes de los incas borraron los límites que separaban las imágenes de los seres vivos e hicieron que patronos y vírgenes se saludaran y visitaran en sus respectivos templos. Más aún, el orden que guardaban y hasta hoy guardan las imágenes en la catedral parecería ser similar al que ocupaban las deidades incaicas en el Coricancha, según ha quedado plasmado en un famoso dibujo del cronista indio Juan de Santa Cruz Pachacuti.

Con el paso de los siglos se fueron olvidando las claras raíces incaicas de la celebración y seguramente ahora una parte de feligreses, al acompañar a los santos o vírgenes de su devoción, cree estar cumpliendo un ritual estrictamente católico. En esencia, sin embargo, la procesión del Corpus Christi, que en otras latitudes perdió lustre hasta prácticamente dejar de celebrarse, sigue siendo una singular mezcla de bacanal pagana y ceremonia católica que condensa seculares expresiones artísticas y tradiciones culinarias del pueblo cusqueño y que,







◀
Convento de Santa Catalina. Fotografía de Alfredo Velarde.

Portada y ajimez del Palacio del Almirante. Fotografía de Alfredo Velarde.

Espadaña y ajimez del beaterio de las Nazarenas. Fotografía de Manolo Chávez.

►
Vista de la Catedral. Fotografía de Alfredo Velarde.

por lo mismo, es la fiesta que mejor expresa su idiosincrasia. Será por eso que en los primeros años de siglo XX Geraldine Guinness, una misionera anglicana, condenaba acremente la procesión. “¡Qué vergüenza –clama esta testigo alucinada que la Iglesia cristiana dé el nombre del Salvador a esta fiesta de licencia!”. ¡Qué gesto de disgusto –añadimos nosotros– se habrá dibujado en el rostro de esta piadosa viajera cuando le pusieron delante el *chiriuchu* (“ají frío”) que es obligatorio en la fiesta! ¡Qué distinto el sentimiento de un cusqueño cuya vista se solaza con el colorido de la fiesta, cuyo corazón late al unísono con la música de las bandas que acompañan cada danza, cuya boca se hace agua ante el trozo de cuy prehispánico y gallina europea, cuyo espíritu, por último, se expande pugnando alcanzar a ese sol que navega en un cielo azul añil, un Sol que es Padre y es fuente de vida!

Expresiones artísticas hemos dicho hablando del Corpus y teniendo en mente la talla en madera de las imágenes, el primoroso trabajo de la carroza de plata y de la custodia transportada en esta, los altares de espejos, la música, las danzas, el bordado de la vestimenta de vírgenes y santos y de las comparsas de bailarines, el ornamento de los cirios que portan los devotos, los tejidos de ponchos y *llicllas* o mantas, etc., etc. Tallado, orfebrería en oro y plata, cerería, cerámica escultórica, bordadura, textilería, son todas artes sincréticas que florecieron en el Cusco colonial, combinando en la mayoría de casos técnicas prehispánicas con ropaje formal y lenguaje artístico europeo.

De todas las artes, sin embargo, la que mayor vuelo alzó fue la pintura, en manos primero de artistas llegados de España o

Italia pero salida después de talleres de artistas indios que no solo adquirieron destreza formal sino que consiguieron, como señalan los especialistas, que su obra se aleje de la influencia de las corrientes predominantes en el arte europeo y siga su propio camino.

Tal es la fama que alcanza la pintura cusqueña del siglo XVII que durante la centuria siguiente, y siempre de la mano de los numerosísimos pintores indios y mestizos que trabajan en la ciudad, se produce un singular fenómeno que curiosamente dejó huella no solo en el arte sino en la economía local. Nos referimos a los talleres industriales que elaboran lienzos en grandes cantidades por encargo de comerciantes que venden estas obras en ciudades como Trujillo, Ayacucho, Arequipa y Lima o incluso en lugares mucho más alejados, en las actuales fronteras de Argentina, Chile y Bolivia.

En general, si tomásemos una instantánea del Cusco en la segunda mitad del siglo XVII, tras el pavoroso terremoto de 1650 que sembró escombros por doquier, veríamos una ciudad llena de actividad, con iglesias y conventos en plena construcción al ritmo que permitían las arcas de las órdenes religiosas y del arzobispado; con grandes talleres de pintores, escultores y orfebres indios que afanosos cumplían el encargo de decorar los templos recién abiertos a la feligresía; con la Universidad de San Ignacio de los jesuitas que no sobreviviría a la expulsión de la orden de suelo peruano y con el Seminario de San Antonio Abad que en 1692 se convertiría en universidad; con dos colegios mayores, el de San Bernardo y el de San Francisco de Borja, este último para educar a los hijos de los indios nobles; con



un corral de comedias, etc., etc. Por algo en la documentación oficial de la época toda referencia al Cusco empezaba con las palabras "gran ciudad y cabeza de los reinos del Perú."

Dos personajes de este mismo período merecen ser recordados: el obispo Manuel de Mollinedo y Angulo y el sacerdote y hombre de letras Juan Espinoza Medrano. El primero, mecenas que apoyó la edificación de iglesias y apadrinó a artistas insignes como el escultor Tomás Tuiru Túpac o los pintores Basilio Santa Cruz y Marcos Rivera, dejó su impronta en el Cusco monumental, ese conjunto surgido tras el terremoto de 1650 que no tiene rivales en el continente. El segundo, autor de un *Apologético en favor de Luis de Góngora y Argote* que le granjeó fama más allá de las fronteras del virreinato, era admirado por sus paisanos por sus grandes dotes de orador, fuese en castellano o en quechua y, a diferencia del obispo Mollinedo, dejó hue-

lla en el alma de la ciudad al firmar una de las primeras obras literarias escrita en el idioma de los incas, el auto sacramental *El hijo pródigo*.

La grandeza del Cusco, en efecto, se sostenía no solo en obras emblemáticas del arte arquitectónico como la catedral, la Compañía de Jesús y el convento de la Merced, estas dos últimas las expresiones más logradas del barroco, estilo con el que el arte cusqueño alcanza cumbres muy altas. Parte inalienable de la complejidad y dinamismo de la urbe era el idioma nativo, que, al igual que los *queros* pintados, guardaba los ecos del poderío perdido, se amoldaba a los nuevos usos y costumbres de esa gran ciudad sacudida permanentemente por tremendas tensiones étnicas, por corrientes poderosas producto del choque de culturas, y expresaba en mitos y cánticos la esperanza mesiánica de los vencidos en un retorno de tiempos idos.

►
Cuadro de la serie del
Corpus Christi de la
iglesia de Santa Ana.
El obispo Mollinedo
sale de la Catedral.

A historical painting depicting a procession in Cusco, Peru. In the foreground, a large crowd of people, including men in clerical robes and women in traditional Andean dress, are gathered. A prominent figure in a red canopy is being carried through the crowd. In the background, a large, ornate church with multiple towers and a clock is visible, set against a backdrop of hills under a blue sky.

La Escuela Cusqueña de pintura



Resultado de la colisión de dos corrientes poderosas, la tradición artística occidental por un lado y el afán de los pintores indios y mestizos de expresar su realidad y su visión del mundo por el otro, la pintura cusqueña de la colonia es uno de los fenómenos más originales y valiosos del arte americano en general.

A los pocos años de la llegada de los españoles al Cusco se puede rastrear ya la presencia de pintores peninsulares en la ciudad, a quienes se encuentra trabajando en lienzos y retablos para la primera catedral. Es sin embargo la intensa actividad que despliega el pintor italiano Bernardo Bitti la que marca un primer momento del desarrollo del arte cusqueño.

Este artista, nacido en Camerino en 1548 y miembro de la Compañía de Jesús desde los veinte años, introduce en el Cusco una de las corrientes en boga en la Europa de entonces, el manierismo, cuyas principales características eran el tratamiento de las figuras de manera un tanto alargada como en las famosas imágenes de El Greco, con la luz focalizada en ellas y un acento en los primeros planos en desmedro del paisaje y en general los detalles.

Durante sus dos estancias en Cusco, la primera hacia 1583 y la segunda en 1595, Bitti recibió el encargo de hacer el retablo mayor de la iglesia de su orden, reemplazado por otro después del terremoto, y pintó algunas obras maestras como "La coronación de la Virgen", actualmente en el Museo de la iglesia de La Merced, y la "Virgen del Pajarito", en la catedral, pero sobre todo hizo escuela y dejó numerosos seguidores.

Otro de los grandes exponentes del manierismo cusqueño es el pintor Luis de Riaño, nacido en Lima y discípulo del italiano Angelino Medoro. A decir de José de Mesa y Teresa Gisbert, autores de la más completa historia del arte cusqueño, Riaño se enseñorea en el ambiente artístico local entre 1618 y 1640, dejando, entre otras obras, los murales del templo de Andahuayllas. En este mismo templo pinta un "Arcángel San Miguel" y un "Bautismo de Cristo". Una "Inmaculada Concepción" suya se conserva en el convento de La Recoleta y otra en un retablo del convento de Santa Clara, junto a los demás lienzos que conforman el conjunto.

Lienzo de la Virgen de Belén con retrato del obispo Manuel de Mollinedo y Ángulo. Catedral del Cusco. Fotografía de Alfredo Velarde.





◀
Cuadro de la serie del Corpus Christi de la iglesia de Santa Ana. El carro de San Sebastián.

“La última cena” de Marcos Zapata. Catedral del Cusco. Fotografía de Alfredo Velarde.

El barroco en la pintura cusqueña es sobre todo resultado de la influencia de la corriente tenebrista a través de la obra de Francisco de Zurbarán y del uso como fuente de inspiración de los grabados con arte flamenco provenientes de Amberes. Marcos Ribera, nacido en el Cusco en los años 30 del siglo XVII y fallecido en 1704, es el máximo exponente de esta tendencia. Cinco apóstoles suyos se aprecian en la iglesia de San Pedro, dos en el retablo mayor y otro par en un retablo lateral. El convento de Santa Catalina guarda “La Piedad” y el de San Francisco algunos de los lienzos que ilustran la vida del fundador de la orden, que pertenecen a varios autores. De Ribera son, entre otros, “La Visión de la Cruz” y “San Francisco recibe los estigmas”.

La creciente actividad de pintores indios y mestizos hacia fines del siglo XVII hace que el término de Escuela Cusqueña se ajuste más estrictamente a esta producción artística. Esta pintura es “cusqueña”, por lo demás, no sólo porque sale de manos de artistas locales sino sobre todo porque se aleja de la influencia de las corrientes predominantes en el arte europeo y sigue su propio camino.

Este nuevo arte cusqueño se caracteriza, en lo temático, por el interés por asuntos costumbristas como, por ejemplo, la procesión del Corpus Christi, y por la presencia, por vez primera, de la flora y la fauna andinas. Aparecen, asimismo, una serie de retratos de caciques indios y de cuadros genealógicos y heráldicos. En cuanto al tratamiento técnico, ocurre un desentendimiento de la perspectiva sumado a una fragmentación del espacio en varios espacios concurrentes o en escenas compartmentadas. Nuevas soluciones cromáticas, con la predilección

por los colores intensos, es otro rasgo típico del naciente estilo pictórico.

Un hecho que ocurre a fines del siglo XVII resultó decisivo para el rumbo que tomó la pintura cusqueña. En 1688, luego de permanentes conflictos, se produce una ruptura en el gremio de pintores que termina con el apartamiento de los pintores indios y mestizos debido, según ellos, a la explotación de que eran objeto por parte de sus colegas españoles, que por lo demás constituyan una pequeña minoría. A partir de este momento, libres de las imposiciones del gremio, los artistas indios y mestizos se guían por su propia sensibilidad y trasladan al lienzo su mentalidad y su manera de concebir el mundo.

La serie más famosa de la Escuela Cusqueña es sin duda la de los dieciséis cuadros del Corpus Christi, que originalmente estuvieron en la iglesia de Santa Ana y ahora se encuentran en el Museo de Arte Religioso del arzobispado, salvo tres que están en Chile. De pintor anónimo de fines del siglo XVII, estos lienzos son considerados verdaderas obras maestras por la riqueza de su colorido, la calidad del dibujo y lo bien logrados que están los retratos de los personajes principales de cada escena, ya sean los caciques indios, las autoridades españolas o los religiosos que acompañan las imágenes. Por si fuera poco, la serie tiene un enorme valor histórico y etnográfico pues muestra en detalle los diversos estratos sociales del Cusco colonial, así como gran cantidad de detalles de una fiesta que ya entonces era central en la vida de la ciudad.

El pintor indio más original e importante es Diego Quispe Tito, nacido en la parroquia aledaña a Cusco de San Sebastián en 1611 y activo casi hasta finalizar el siglo. Es en la obra de

►
Detalle del arco toral y del techo de la iglesia de Andahuaylillas. Fotografía de Alfredo Velarde.



Quispe Tito que se prefiguran algunas de las características que tendrá la pintura cusqueña en adelante, como cierta libertad en el manejo de la perspectiva, un protagonismo antes desconocido del paisaje y la abundancia de aves en los frondosos árboles que forman parte del mismo. El motivo de las aves, sobre todo del papagayo selvático, es interpretado por algunos investigadores como un signo secreto que representa la resistencia andina o, en todo caso, alude a la nobleza incaica.

La parte más valiosa de la obra de Quispe Tito se encontraba en la iglesia de su pueblo natal, San Sebastián, y lamentablemente en parte quedó destruida por el incendio que se desató en el mes de setiembre de 2016. Famosa es, también, la serie del Zodiaco que el artista pinta para la catedral del Cusco hacia 1680. Se trata de escenas de la vida de Cristo y de parábolas evangélicas dedicadas cada una de ellas a un mes y marcadas por el signo del zodiaco correspondiente. Entre los nueve lienzos que se han conservado, los mejores son "La huida a Egipto" y la "Parábola de los viñaderos infieles".

Otro de los gigantes del arte cusqueño es Basilio Santa Cruz Pumacalillo, de ascendencia indígena como Quispe Tito pero a diferencia de este mucho más apegado a los cánones de la pintura occidental dentro de la corriente barroca. Activo en la segunda mitad del siglo XVII, Santa Cruz deja lo mejor de su obra en la catedral pues recibe el encargo de decorar los muros del costado del coro y de los brazos del transepto. Los mejores lienzos de este último conjunto son San Felipe Nieri y San Idelfonso, junto a los dedicados a Santa María Egipciaca y María Magdalena. En el cuadro de la Virgen de Belén ubicado en el coro, sobresale un

retrato del obispo y mecenas Manuel Mollinedo que es considerado por los especialistas obra capital de la pintura cusqueña.

Tal es la fama que alcanza la pintura cusqueña del siglo XVII que durante la centuria siguiente, y siempre de la mano de los numerosísimos pintores indios y mestizos que trabajan en la ciudad, se produce un singular fenómeno que curiosamente dejó huella no solo en el arte sino en la economía local. Nos referimos a los talleres industriales que elaboran lienzos en grandes cantidades por encargo de comerciantes que venden estas obras en ciudades como Trujillo, Ayacucho, Arequipa y Lima o incluso en lugares mucho más alejados en los actuales Argentina, Chile y Bolivia. El pintor Mauricio García, activo hacia la mitad del XVIII, firma por ejemplo un contrato para entregar cerca de quinientos lienzos en siete meses. Por supuesto que se trataba de lo que se conocía como pintura "ordinaria" para diferenciarla de la pintura "de brocateado fino", de diseño mucho más elaborado y colorido más rico.

El artista más importante del siglo XVIII es Marcos Zapata. Su producción pictórica, que abarca más de doscientos cuadros, se extiende entre 1748 y 1764. Lo mejor son los cincuenta lienzos de gran tamaño que cubren los arcos altos de la catedral del Cusco y que se caracterizan por la abundancia de flora y fauna como elemento decorativo.

El desarrollo artístico esbozado hasta aquí ha llevado a los ya mencionados José de Mesa y Teresa Gisbert a afirmar que "el fenómeno cusqueño es único y señala en lo pictórico y cultural el punto en que el americano enfrenta con éxito el desafío que supone la constante presión de la cultura occidental."

►
Detalle del frontal de plata de la Catedral del Cusco. Fotografía de Alfredo Velarde.



La platería cusqueña a través de la historia



La platería cusqueña es heredera de antiguas tradiciones prehispánicas y coloniales. De raíces andinas son, por ejemplo, los tupus, esos alfileres ornamentales con los que las mujeres del Ande sujetan sus mantas. Estos objetos son trabajados también en cobre y presentan una rica ornamentación en la cabeza del alfiler con motivos zoomorfos y fitomorfos. Algunas de las técnicas que conservan los plateros cusqueños son también de origen prehispánico, como la de bocetear los moldes en barro mezclado con pelo de alpaca y de cuy.

Durante la colonia, en cambio, los artesanos cusqueños destacaron por la sapiencia con que trabajaban ante todo objetos destinados al culto. Basta realizar una atenta visita a las iglesias de la ciudad para admirar, por ejemplo, los maravillosos altares de plata repujada o las custodias de oro, plata y piedras preciosas. De gran valor artístico es, por citar un solo caso, el altar mayor de la catedral, hecho a fines del siglo XVIII de cedro tallado forrado con plata repujada. El maestro platero que recibió en 1792 el encargo de realizar esta obra fue

Lucio Villegas. Digno de admiración, asimismo, es el carro de plata repujada que en 1733 mandó fabricar el obispo Bernardo Serrada para llevar el Santísimo durante la procesión del Corpus Christi.

Hay que remontarse al siglo XVI, sin embargo, para encontrar las primeras huellas de la actividad de los plateros indios en el Cusco. El virrey Toledo, en efecto, se encargó de reglamentar en sus ordenanzas el trabajo y las obligaciones con la corona de estos artesanos. Como señalan los especialistas, no obstante, son pocas las piezas de este periodo que han llegado hasta nuestros días.

Distinto es el estado de cosas en el siglo XVII, cuando la vida artística y cultural de la antigua capital incaica alcanza su máximo esplendor gracias a la actividad desplegada por un mecenas como don Manuel de Mollinedo y Ángulo, obispo del Cusco entre 1673 y 1699. Como señala Cristina Esteras Martín, en este período el Cusco llegó a albergar a más de un centenar de orfebres que trabajaban el oro y la plata bajo los cánones del barroco.

Detalle del frontal de plata de la Catedral del Cusco. Fotografía de Alfredo Velarde.



En el siglo XVIII, finalmente, destacan, además de los objetos de culto, los destinados al uso doméstico como los calentadores de agua, los braserillos y los mates y sus respectivas bombillas. La ya mencionada investigadora Cristina Esteras destaca para este periodo lo nombres de maestros plateros como Luis de Lezana (1665-1713), Antonio Solórzano (1670-1712) y Luis Francisco Portillo (1661-1712). Obras descollantes de este periodo, además de las ya mencionadas del carro de plata y el altar mayor de la catedral, son el frontal del templo de San Jerónimo realizado por Luis de Lezana en 1702 y el del templo de Urcos trabajado por los maestros Mateo Medrano y Lucas del Castillo en 1763.

Los plateros de San Pablo

Un caso particular de especialización en el trabajo de los metales es el del pequeño poblado de San Pablo, ubicado a unos 120 kilómetros al sur del Cusco, en el camino a Sicuani y Puno. Según el antropólogo cusqueño Abraham Valencia, quien ha estudiado a fondo el tema, ya antes de la llegada de los españoles los habitantes de esta zona se dedicaban a la fabricación de objetos de bronce. Luego, en la colonia y en tiempos republicanos, se dedican a la platería y también a la joyería en oro. Este último metal los sampableños lo conseguían viajando después de las cosechas a los lavaderos de oro de Marcapata, en las vertientes orientales de los Andes.

Algunas leyendas que hasta hoy circulan en San Pablo dan cuenta de esta doble especialización. Así, se dice que a orillas del

rio Vilcanota está enterrada la Juana Angola, una hermana de la famosa campana de la catedral del Cusco, la María Angola. Sería esta enorme campana la que proporciona el metal a los orfebres del lugar. Se cuenta también que fue un nativo de San Pablo, Juan Tunqui, quien explorando en busca de oro las vertientes orientales andinas descubrió el río Tunquimayo, al que dio su nombre.

En la actualidad, la realidad es, sin embargo, más prosaica. Los sampableños se dedican sobre todo a la fabricación de artículos de bronce y de materia prima les sirven objetos usados como caños y primus que compran en ciudades cercanas o que incluso recogen en los basurales.

Con destino a los mercados turísticos, San Pablo produce gran cantidad de llamitas, ídolillos y campanitas de bronce, aunque todavía subsiste la fabricación de objetos de plata, como cubiertos, teteras, espuelas y, sobre todo, los destinados al culto, como coronas para las imágenes de las vírgenes, cálices, candelabros, etc. En cuanto a los ídolos de bronce, llama la atención la increíble variedad de los mismos. Se ha llegado a contar hasta sesenta tipos, cada uno con distintos nombres y características. Hasta hace unos años, como muestra de destreza, se vaciaban incluso ídolillos que

tenían el pecho hueco allí donde debiera estar el corazón y que eran conocidos como "*chusaq sonqo*" (corazón hueco).

Entre las técnicas que utilizan los bronceros y plateros de San Pablo están el moldeado, el vaciado, el cincelado y el esmaltado. Curiosamente, puesto que en sus hornos artesanales no pueden alcanzar las temperaturas necesarias para utilizar óxidos, han descubierto un procedimiento para "esmaltar" el bronce con ayuda de objetos de caucho.

Hay que señalar que muchos orfebres sampableños han migrado en las últimas décadas a la ciudad del Cusco. Tal es el caso del afamado platero Gregorio Cachi, quien estudió las técnicas del oficio en la Escuela Prevocacional de su pueblo natal y actualmente tiene su taller en el Cusco. Gregorio es un maestro en la fabricación de moldes de barro que mezcla con pelos de alpaca y cuy para darles consistencia, así como en las técnicas del repujado y del martillado. De sus manos y de las de sus hijos salen prendedores, collares, tupus, anillos y diversos objetos utilitarios. Por si fuera poco, familiarizado con las técnicas de la herrería, el maestro fabrica sus propias herramientas, como fraguas, yunque y martillos.

Carro de plata de la Catedral del Cusco. Fotografía de Manolo Chávez.



El Cusco republicano





Si las poderosas fuerzas que moldearon el Cusco colonial fueron el espíritu de empresa del español y su celo catequista que encontraban un acicate en la no menos fuerte resistencia de una cultura aborigen que por doquier abría nuevos cauces para discurrir, el Cusco republicano nace cuando esta resistencia empieza a ser doblegada.

La derrota de las rebeliones de Túpac Amaru y Mateo Pumacahua entre fines del siglo XVIII y comienzos del XIX debilitó grandemente a unas élites indígenas que se habían atrevido a vislumbrar un Perú libre de la tutela española. Y en los primeros años de vida independiente las reformas bolivarianas que perseguían la eliminación de los privilegios nobiliarios terminaron de quitarles piso a los herederos de la nobleza nativa, con lo cual, paradójicamente, la población indígena de la ciudad se sumió mayoritariamente en una situación de servidumbre.

Fue el Cusco en conjunto, sin embargo, el que sufrió el agotamiento de las fuerzas que alimentaron su grandeza y en el pri-

mer siglo de vida republicana se sumió en el marasmo. A la crisis económica producto de la ruptura definitiva del circuito de la plata que había dinamizado la producción agrícola y textil del Cusco colonial y al declive poblacional se suma el deterioro de la imagen urbana de la ciudad. Así, hay viajeros que se asombran de lo mal que huele y otros que afirman que la antigua capital incaica se había convertido en la ciudad más sucia de América.

El despertar coincide con la llegada del siglo XX y está relacionado con el esfuerzo modernizador de un grupo de comerciantes y hacendados que invierten primero en la construcción de una central hidroeléctrica y después en la instalación de algunas industrias. La noche de navidad del año 1914 fue, en efecto, muy especial en la ciudad porque por primera vez se encendieron focos de alumbrado público en lugar de las lámparas de gasolina o las antorchas. La electricidad provenía de Corimarca, la central que estaba a medio camino entre Cusco y Chincher y que utilizaba aguas de la laguna de Piuray.

◀
A doble página, la plaza Regocijo. Fotografía de Manolo Chávez.

Vista panorámica de la ciudad del Cusco. Fotografía de Manolo Chávez.

Con esta misma energía, en 1918 empezó a funcionar la fábrica de tejidos Huáscar, la primera de la ciudad pero no en la región. La pionera había sido la fábrica textil de Lucre que entró en funcionamiento en 1861 y con la que competían las de Maranganí y Urcos desde 1899 y 1910 respectivamente. La energía de Corimarcá posibilitó también que en 1928 en la ciudad empezara a producir la fábrica de tejidos La Estrella y que se instalara una fábrica de chocolates que subsiste hasta hoy, "La Continental". Además, las cervecerías que ya embotellaban esta popular bebida en la ciudad desde fines del siglo XIX pudieron modernizarse, aunque con el tiempo todas las empresas dedicadas a este rubro fueron absorbidas por una compañía de capitales arequipeños y alemanes.

Esta relativa recuperación de la economía cusqueña estuvo relacionada también con la expansión de la industria alcoholera de las grandes haciendas de los valles cálidos de La Convención y Lares. Fueron en general los grandes hacendados, cuyas fortunas provenían además de la producción de té y coca en las zonas mencionadas y de lana en las provincias altas del departamento, quienes dejaban su impronta en la vida de la ciudad.

"Eran los tiempos felices del Cusco", dice el historiador Luis E. Valcárcel en sus *Memorias* refiriéndonos la despreocupada vida de los hacendados, que "llevaban a familias enteras a visitar sus propiedades y las alojaban en sus casas-hacienda por varios días, a veces más de quince", o que, durante su rutina en la ciudad, hacían gala de una vida no menos dispendiosa, con almuerzos en los que "generalmente se servían tres platos, aunque en las fiestas podían llegar a diez por ese afán que existía

de llamar la atención y de ganar para la casa prestigio de obsequiosa y hospitalaria."

No se piense, sin embargo, que el Cusco se había desembrazado finalmente de su herencia nativa. Por el contrario, tras varios siglos de convivencia con una mayoría indígena, incluso las clases altas hablaban el quechua junto al castellano y aunque se consideraran a sí mismas de raza blanca lucían muchas veces la piel oscura y el cabello hirsuto.

Otra jugosa cita de las *Memorias* de Valcárcel muestra claramente el fuerte sustrato indígena de la sociedad cusqueña:

"La cultura de los habitantes del Cusco combinaba dos tradiciones espirituales, que eran sus componentes sustanciales: el pasado incaico, mantenido en la vida y costumbres indígenas y populares, y el virreinal, conservado en muchas de las actitudes del hombre común y corriente del siglo XX. La vida del cusqueño era, a simple vista, el resultado de varios siglos de imposición de las costumbres españolas sobre las indígenas. Bien miradas las cosas, podía encontrarse la poderosa influencia que tuvo lo indígena en la configuración de su personalidad"

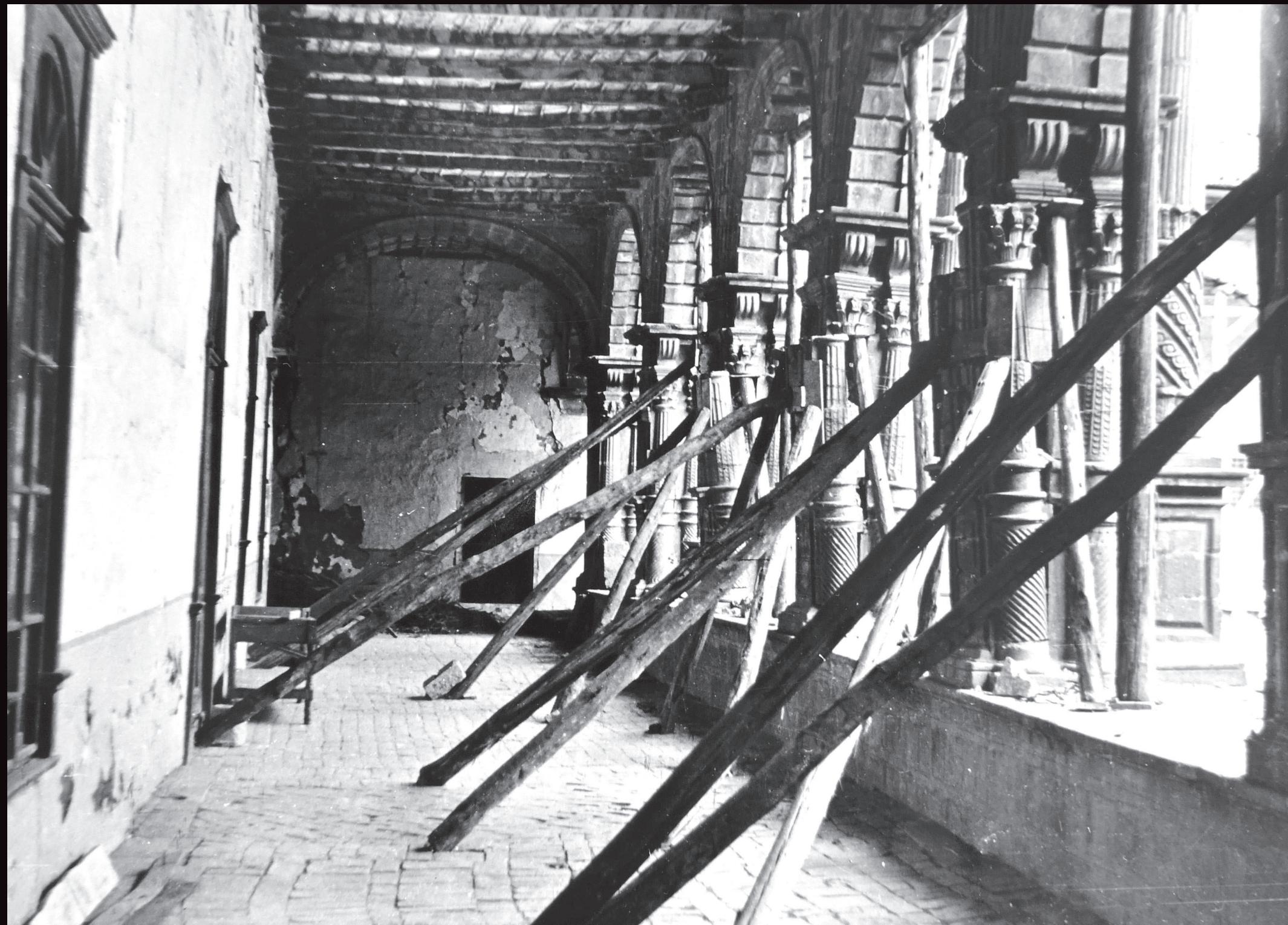
El despertar de la ciudad es acelerado por la finalización, en 1908, de la vía férrea que la unía con Arequipa. La estación fue construida una centena de metros más al sur del encuentro de los ríos Saphi y Tullumayo, los que señalaban los límites del Cusco sagrado de los incas. En los años siguientes, para facilitar el traslado de los viajeros, se estableció un servicio de tranvía jalado por mulas y empezó a surgir la Alameda San Andrés (rebautizada des-

►
Fábrica textil de Lucre. Fotografía de Alfredo Velarde.

FABRICA DE HILADOS Y TEJIDOS DE LANA

1861





pués como Pardo), una amplia avenida donde en la década de los treinta se construyeron lujosos chalets al estilo norteamericano.

Había llegado el fin de la tradicional casa cusqueña de zaguán, patio y arquerías de piedra en torno a este. Ya antes, a lo largo del siglo XIX, habían proliferado las galerías adinteladas soportadas por pilares de madera o por columnas de piedra de sección cuadrada. En estas casas, los corredores del segundo piso podían ser bastante anchos y estar sostenidos por la galería del primer nivel o ser corredores volados más angostos. En lugar de las cajas de escalera o escaleras embutidas de la casona colonial aparecieron, asimismo, las escaleras abiertas al patio. A nivel de elementos decorativos, la casa republicana se caracteriza por una carpintería de madera bastante sobria, en la que los tallados del barroco empiezan a desaparecer, así como por la utilización de carpintería de hierro forjado, con balaustres con bulbos de estaño. En el límite entre los siglos XIX y XX, por lo demás, los elementos decorativos de la casa republicana cusqueña sufren la influencia de estilos europeos como el neoclasicismo, el *art nouveau* y el *art decó*, sobre todo en la decoración de la carpintería de madera.

La mala fama que se había granjeado el Cusco en el siglo XIX empieza a quedar atrás con importantes obras sanitarias como el recubrimiento de los ríos Saphi y Tullumayo que los incas tan cuidadosamente habían canalizado y, sobre todo, con la instalación de un moderno servicio de agua potable, inaugurado en mayo de 1927. Con la inauguración, en 1925, del primer mercado de la ciudad en Cascaparo la plaza San Francisco queda libre de la venta de productos a la usanza tradicional en la región, sobre mantas colocadas en pleno suelo. El mercado de abastos fue



◀
Claustro del convento de la Merced después del terremoto de 1950. Fotografía de Abraham Guillén.

Torres de la iglesia de la Compañía de Jesús dañadas por el terremoto de 1950. Fotografía de Abraham Guillén.

▶
Vista interior del mercado de San Pedro. Fotografía de Alfredo Velarde.

levantado en el lugar donde antes estaba el camal o matadero y ocupando además una parte de los huertos del convento de Santa Clara. Con su muro perimétrico y sus cuatro hileras de delgadas columnas que sostienen un techo altísimo, el mercado era básicamente una enorme superficie cubierta que en su momento rompió la imagen tradicional del barrio de San Pedro.

Un año antes, en 1924, en la misma zona había sido edificada la estación de ferrocarril a La Convención, un edificio de estilo neoclásico conformado por tres volúmenes, dos de ellos salientes y emplazados sobre plataformas. Una imponente escalera permitía el acceso por el bloque central. Sólo la cubierta de esta parte del edificio se ha conservado tras la reconstrucción que se realizó en 1969.

En 1909, una huelga de los alumnos de la Universidad del Cusco reclamando cambios de autoridades trajo consigo a la larga el surgimiento del grupo más brillante de intelectuales que haya tenido la ciudad y un despertar de las conciencias en torno a la situación del indio. El receso de la casa de estudios terminó al año siguiente cuando el Presidente de la República, Augusto B. Leguía, nombró como rector al joven profesor norteamericano Albert Giesecke. Este economista de apenas 26 años tuvo el enorme mérito de reformar una universidad anquilosada y de despertar en los estudiantes el interés por la investigación del pasado de la región y sus problemas actuales. Es precisamente el interés por el pasado incaico de los jóvenes intelectuales cusqueños el que los lleva a preocuparse por la situación del indígena. "El estudio de la historia, lejos de quedarse en ella y ser simplemente 'pasadista', se volverá un fermento de reivindicación e impulsará la obligatoriedad de conocer al indio moderno y percatarse de sus problemas

y su cultura", afirma el historiador José Tamayo Herrera repasando los orígenes del indigenismo cusqueño.

Cabe señalar, en efecto, que la sociedad cusqueña tenía (y todavía tiene) una relación conflictiva con su herencia indígena o, como diríamos ahora, andina. Una muestra contundente de ello es que el indio, el portador vivo de los elementos culturales andinos, ocupaba el último peldaño de la escala social y era víctima de una fortísima discriminación social y explotación económica.

Los planteamientos de los intelectuales cusqueños sobre el indio los colocarán en el centro del debate nacional. Luis E. Valcárcel y Uriel García escriben libros fundamentales sobre el tema como *Tempestad en los Andes* y *El nuevo indio*, respectivamente, llamando la atención de la sociedad peruana sobre la postración en que se encontraba esta enorme masa de campesinos y sirvientes. Aquilatando este movimiento, el gran historiador Jorge Basadre ha escrito que "el fenómeno más importante de la cultura peruana del siglo XX es el aumento de la toma de conciencia acerca del indio entre escritores, artistas, hombres de ciencia y políticos."

Martín Chambi, un genial fotógrafo de origen indígena que creó una singular obra entre 1920 y 1950, nos ha dejado un completo retrato del Cusco de la época, desde sus restos monumentales hasta la aparición de los primeros automóviles que rompían la apacibilidad de la vida provinciana. Empezó plasmando a los señores y sus familias en estudio. Tocó luego las puertas de las espléndidas casonas de estos mismos señores, eligiendo ocasiones memorables como un cumpleaños o el día de una boda o el bautizo del benjamín de la casa. Muy pronto, sin embargo, fue apropiándose, con una voracidad insaciable, de más y



043

069

más temas y de más y más tipos humanos de todos los estratos de la sociedad, desde los hacendados que posan con su sirviente o “pongo” arrodillado delante de ellos hasta la india de rostro terroso que se mimetiza con la pared de barro que el fotógrafo ha escogido como fondo, desde el grupo de arqueólogos que realiza un viaje de exploración al hace poco descubierto Machu Picchu hasta los mestizos que juegan al sapo en una chichería.

En una encuesta realizada hace unos años por una revista local se preguntó a cien personalidades cusqueñas, entre autoridades, empresarios, profesionales, intelectuales y artistas, cuáles fueron los diez hechos más importantes durante el siglo XX en el Cusco. En el primer lugar fue mencionado el descubrimiento de Machupicchu en 1911 por el explorador estadounidense Hiram Bingham y en el segundo, el terremoto de mayo de 1950 con la consecuente reconstrucción de la ciudad. Ambos hechos en realidad están estrechamente unidos en el imaginario local hasta el día de hoy pues desde hace unas décadas la economía de la ciudad gira en torno al turismo y es Machupicchu el principal atractivo que el Perú ofrece al mundo.

El terremoto del 21 de mayo de 1950, la “catástrofe modernizadora” como la bautizó el historiador José Tamayo Herrera, influyó decisivamente en el curso que tomó la economía regional bajo el impulso de las obras de reconstrucción y de los esfuerzos desarrollistas desplegados por el Estado, así como en los cambios que se produjeron en la sociedad cusqueña, con el engrosamiento de una clase media tributaria del tesoro público y de unos sectores populares fruto de las migraciones como hechos más definitorios.

►
Danza de Llameros en la fiesta patronal de San Jerónimo. Fotografía de Alfredo Velarde.

El movimiento sísmico, que tuvo una duración de apenas seis o siete segundos y que alcanzó el grado 7 en la Escala de Mercalli, destruyó cerca de tres mil viviendas y se ensañó con la arquitectura colonial, provocando serios daños en iglesias como Santo Domingo, la Compañía, Santa Catalina, Belén y San Sebastián. Además, puso al descubierto graves problemas que se venían larvando como el ruinoso estado de conservación de las casonas y la tugurización de las mismas. En ese sentido, la catástrofe llamó la atención del estado peruano y de organismos internacionales como la UNESCO sobre el abandono en que se encontraba la ciudad y dio pie a las primeras acciones de conservación de gran envergadura.

En febrero de 1951, la Organización de Naciones Unidas envió a Cusco la misión Hudgens. Esta, en su informe de julio de 1951, propuso la institución de un organismo autónomo para la reconstrucción del Cusco y el fomento de su desarrollo económico. Fue de esta manera que el 10 de enero de 1952 se creó la Junta de Reconstrucción y Fomento Industrial del Cusco (JRIF).

Años después, en febrero de 1957, la JRIF cedió la posta a la Corporación de Reconstrucción y Fomento del Cusco (CRIF), que se encargó de impulsar un primer plan de desarrollo cuyos pilares fueron la construcción de la hidroeléctrica de Machupicchu, inaugurada en mayo de 1963, y de la fábrica de fertilizantes de Cachimayo, que empezó a operar en octubre de 1965. Se buscaba de esta manera proporcionar energía eléctrica para un despegue industrial y abonos para el desarrollo agrícola de la región. Finalmente, a fines de los años sesenta, se puso en



marcha el Plan Copesco para restaurar sitios arqueológicos y monumentos coloniales y de ese modo crear circuitos turísticos que favorecieran la industria sin chimeneas.

Desde entonces, la actividad turística es la que dinamiza la vida económica de una ciudad enclavada en una región eminentemente agrícola, de economía deprimida y mal comunicada todavía con las grandes ciudades de la costa y con el extranjero. Hoteles y restaurantes, bares y cafés, pubs y discotecas, agencias de viaje y empresas de transporte, tiendas de souvenirs y de implementos fotográficos, minimarkets, librerías, tiendas de discos, cabinas públicas de Internet, galerías de arte; todo esto y mucho más forma el entramado de servicios relacionados con el turismo. Son centenares las personas que trabajan directamente en la actividad y se cuentan por miles las ocupadas de manera indirecta en relación con la producción y servicios destinados al turista, desde los artesanos que tejen prendas de lana de alpaca hasta las señoritas que vestidas a la usanza indígena posan junto a una llama en las calles que conservan muros incaicos.

En varios cientos de miles se calculan los visitantes extranjeros que llegan a Cusco en los buenos años. Para una población que apenas sobrepasa los trescientos cincuenta mil habitantes esta presencia es muy notoria. De hecho, se podría decir figuradamente que el turista se ha apropiado del centro histórico de la ciudad. Allí donde antes vivía una familia acomodada, ahora funciona un hostal; donde había un zapatero, ahora hay una lavandería rápida; donde estaban los comercios de ropa o abarrotes o pasamanería, ahora hay agencias de turismo, souvenirs, casas de cambio,

El arco de Santa Clara. Fotografía de Alfredo Velarde.

Palacio de Justicia. Fotografía de Manolo Chávez.









◀
Mural de la historia del Cusco del pintor Juan Bravo. Fotografía de Manolo Chávez.

etc., etc. Son los efectos indeseables de una mala planificación de esta importantísima actividad económica, pero es también, querámoslo o no los cusqueños, el precio que la ciudad debe pagar por la actividad que da sustento a la economía regional.

En 1983, el centro histórico de la ciudad fue incluido por la UNESCO en la lista de sitios considerados Patrimonio Cultural de la Humanidad. Es un reconocimiento que la sociedad cusqueña considera como un título honorífico, pero que en realidad obliga a una adecuada conservación de un singular conjunto monumental en permanente riesgo por las catástrofes naturales y, más que nada, por una modernización poco respetuosa de los valores patrimoniales de la ciudad.

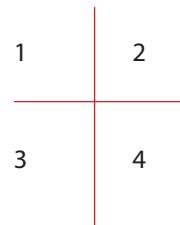
En efecto, una persona que recorra en estos días el centro histórico se encontrará con un conjunto de monumentos arquitectónicos rodeado de casonas en mal estado de conservación o restauradas con muy poco tino. En las estrechas calles, además, sufrirá por el asfixiante humo de los vehículos, por el ruido y la proliferación de avisos comerciales. Con todo, tendrá ante sí una ciudad que aún conserva su magia. Más al cabo de veinte años... ¿que encontrará? ¿Sólo iglesias y restos incas le resultarán familiares en medio de construcciones anodinas iguales a las de cualquier otra ciudad afectada por los embates del tiempo, las trabas y desidia burocráticas y la falta de esfuerzos mancomunados de autoridades y vecinos?

▶
Hermanos Cabrera. Familia en el Trono del Inca. Sacsayhuamán.
Archivo Fototeca Andina.



La Escuela Cusqueña de fotografía





Amediados del siglo XIX, Cusco, la antigua capital de los incas, era una ciudad sucia y maloliente frecuentemente azotada por epidemias y plagas que diezmaban su población. La más terrible de estas calamidades se abatió sobre los cuzqueños hacia 1855 y, cual castigo bíblico, segó la vida de casi una tercera parte de los habitantes de la ciudad.

Quizás fue esta circunstancia la que pocos años después empujó a las autoridades a emprender, parroquia por parroquia, un censo de población en el que, entre otras cosas, se preguntaba a los censados por su oficio o profesión. Gracias a este celo burocrático ahora sabemos que en 1862 hubieron dos personas que se declararon fotógrafos: un francés de 32 años, soltero y de raza blanca, que dijo llamarse Emilio Colpaert, y un peruano un poco más joven, también de raza blanca, que respondía al nombre de Bernardo Puente de la Vega y que seguramente era ayudante del primero pues ambos residían en la misma dirección.

Tal vez algún día, en el desván de una vieja casona o entre los amarillados papeles de un archivo familiar, se encuentre algún retrato firmado por estos fotógrafos o por algún contemporáneo o antecesor de ellos (en Lima se ha conservado un daguerrotipo del Mariscal Ramón Castilla, uno de los presidentes del Perú, fechado en 1852). Entre tanto, el crédito de la fotografía más antigua del Cusco le pertenece al viajero inglés Thomas Peyne, que estuvo de paso por la ciudad, admirando lo que quedaba de su antiguo esplendor, hacia 1870.

Tuvieron que pasar algunas décadas más para que la fotografía dejará de ser asunto de viajeros o de extranjeros que sentaban sus reales en Cusco. En los primeros años del siglo XX, la ciudad, que estaba despertando poco a poco del letargo y la decadencia, contaba ya con algunos estudios fotográficos, como el "Universal" de Miguel Chani o el que pusieron en sociedad, a pocos pasos de la Plaza de Armas y a un costado de su catedral, los fotógrafos José Gabriel González y Juan Manuel Figueroa Aznar.

- 1. Hermanos Cabrerá. *Cargo religioso.* Archivo Fototeca Andina.
- 2. Mario Manrique. *Señoras disfrazadas para fiesta de carnavales.* Archivo Fototeca Andina.
- 3. Hermanos Cabrerá. *Fiesta de carnavales.* Archivo Fototeca Andina.
- 4. Hermanos Cabrerá. *Reunión familiar.* Archivo Fototeca Andina.

Figueroa Aznar era oriundo del norte del país, del departamento de Ancash, y aprendió el arte de la fotografía en Lima, al lado de Ferdinand Garraud, uno de los prestigiosos fotógrafos franceses que, junto con sus paisanos Courret y Manoury, dominaba el mercado limeño y el gusto de las clases altas capitalinas. González se adentró en los secretos del oficio de la mano de un grupo de misioneros evangélicos ingleses que tuvieron un estudio fotográfico en Cusco en los últimos años del siglo XIX y que dejaron aparatos e instalaciones a la familia del fotógrafo en pago por alquileres atrasados. De los orígenes del tercero de estos pioneros de la fotografía en el Cusco desgraciadamente es todavía poco lo que se sabe.

Señores e indios

En la primera mitad del presente siglo, las ciudades de la sierra del Perú sobrepasaban apenas los diez mil o veinte mil habitantes y de esta población la mayoría eran indios. Eran casi en su totalidad indios también quienes vivían en el campo, ya sea como siervos de las haciendas o reunidos en las comunidades, que todavía llevaban el nombre quechua de "ayllu".

En suma, las serranías peruanas eran, como diría José María Arguedas, un mundo escindido entre señores e indios. Los primeros, los "mistis", dueños de las haciendas, eran blancos o se preciaban de serlo y vivían suntuosamente, vistiendo casimires ingleses y sirviendo en su mesa vinos españoles o franceses.

Esta vida de boato y despilfarro era inimaginable, sin embargo, sin la omnipresencia de los indios, que eran quienes servían

a los "mistis" en sus casas de las ciudades y quienes, por sobre todo, trabajaban las tierras de las haciendas a cambio de casi nada. Los indios, como recuerda Luis E. Valcárcel en sus "Memorias", se encontraban en un grado extremo de inferioridad, eran los últimos de los últimos en la escala social.

Tal era el mundo que los hombres que decidieron ganarse el pan con la fotografía veían -o no querían ver- a través del lente de la cámara. Empezaron, como no podía ser de otro modo, retratando a los señores y sus familias en estudio, con el fondo de telones que ellos mismos pintaban. Tocaron luego las puertas de las espléndidas casonas de estos mismos señores y poco a poco fueron apropiándose de más y más temas y de más y más sectores sociales.

Una vista panorámica

Son numerosos los fotógrafos que trabajan en las principales ciudades andinas del Perú, como Cusco, Puno, Arequipa. En esta última ganan merecida fama los hermanos Vargas, a quienes sus contemporáneos llegan a considerar "magos de la luz" por sus brillantes experimentos de fotografía nocturna que envuelven en un halo misterioso diversos rincones de esta bella ciudad.

Con otro fotógrafo del mismo apellido, Max T. Vargas, aprende en Arequipa los secretos del arte fotográfico un hombrecillo de origen muy humilde que había nacido en Coaza, un pueblo de indios aimaras enclavado en las montañas al norte del lago Titicaca. Martín Chambi, que es como se llama este aprendiz, decide buscar suerte por su cuenta tras diez años con su maes-



tro y llega al Cusco en 1920. De este encuentro entre el fotógrafo y la antigua capital de los Incas, que duró hasta la muerte del artista en 1973, nacerá una de las producciones fotográficas que más admiración ha despertado en los últimos años.

En el Cusco, en los estudios de los ya mencionados José Gabriel González, Juan Manuel Figueroa Aznar, Miguel Chani y el propio Martín Chambi, va cuajando un selecto grupo de fotógrafos que pronto alzará vuelo propio. Es el caso de Horacio Ochoa, Pablo Veramendi y Fidel Mora, que aprenden el oficio con González, y de los hermanos Filiberto y Crisanto Cabrera, que hacen lo propio al lado de Chambi.

A estos nombres hay que sumar los de Abraham Guillén y Daniel Cisneros. El primero se acerca a la fotografía de una manera muy particular, cuando estaba preso en la isla "El Frontón" por su participación en la accidentada vida política de entonces, y gran parte de su carrera la dedicará a documentar el trabajo de diversas expediciones arqueológicas. Cisneros, que desde joven se sentía dividido entre la pintura y la fotografía, recalcará en el afamado estudio de los hermanos Vargas y, ya de regreso al Cusco y dueño de un gran manejo de su oficio, formará a fotógrafos como David Salas y los Cabrera.

Retratos en claroscuro



Mario Manrique.
Señoras en trajes de indias.
Archivo de Fototeca Andina.

Antes de que se despertara el interés por la fotografía histórica andina, las placas de vidrio con las que trabajaban los fotógrafos que hemos mencionado terminaban casi siempre o quebrándose en alguna apresurada mudanza, o como juguete de

los niños de la casa o, en el mejor de los casos, empolvándose en un rincón de alguna tienda de antigüedades. Tal fue, según confesión de sus descendientes, la suerte que corrió la mayor parte del archivo de José Gabriel González, razón por la cual el redescubrimiento de este fotógrafo es muy reciente.

Se sabe ahora que nació probablemente hacia 1875 y que ya en 1895 tomó una foto a los integrantes de la Sociedad Protectora del Señor de Torrechayoc, una imagen muy venerada en el pueblito de Urubamba, a unos 60 kilómetros del Cusco. Repasando el centenar de placas que se han recuperado de este artista, se puede suponer que en las primeras décadas del presente siglo debió ser el fotógrafo oficial de la alta sociedad cusqueña, reacia en un comienzo a aceptar a un artista de origen indígena como Chambi.

González se sintió muy atraído, asimismo, por las vistosas y llenas de sabor local procesiones y celebraciones religiosas que jalónan el calendario festivo del Cusco y sus pueblitos aledaños. Tuvo la suerte, además, de ser uno de los primeros en apuntar a Machupicchu con el objetivo de una cámara fotográfica, después del descubrimiento de la ciudadela inca por Hiram Bingham en 1911.

Los hermanos Cabrera, de seguir vivos todavía, podrían atestigar que carecer de medios económicos para montar un estudio de fotografía puede ser muy agobiante, pero tiene sus ventajas. Huérfanos desde muy pequeños, Filiberto y Crisanto Cabrera, nacidos el primero en 1899 y el segundo en 1904, se vieron obligados a ganarse el sustento desde muy jóvenes, Filiberto en el ferrocarril de Cusco a la ceja de selva y con un zapa-



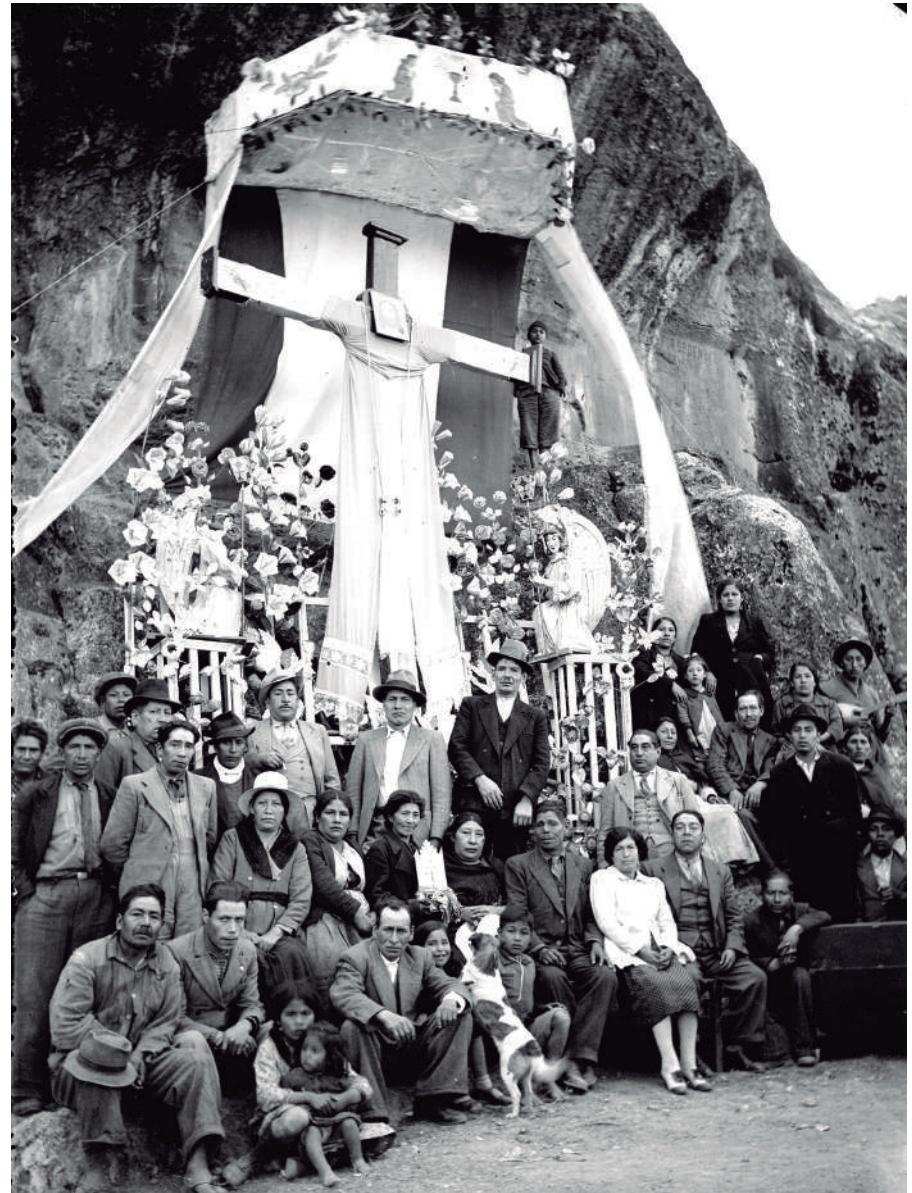
tero más adelante, Crisanto como aprendiz de Martín Chambi. Finalmente, la fotografía gana a los dos hermanos, que instalan un estudio en el corredor de la casa en la que vivían, pero es justamente esta precariedad la que los obliga a realizar la mayor parte de su trabajo en natura.

La necesidad que tenían los dos hermanos de salir cámara al hombro en busca de clientes en lugar de esperarlos en la comodidad de un estudio, fue determinante para que no desdeñaran ningún tema ni sector de la sociedad cusqueña. Fotografiaban un día una reunión de una familia de mestizos, al siguiente alguna fiesta costumbrista y al tercero a un grupo de soldados en el cuartel de la ciudad, llegando a formar un invaluable archivo del que por suerte se conservan más de dos mil placas de vidrio. Filiberto murió en 1978 y Crisanto lo siguió doce años después, luego de pasar el último período de su vida en un asilo de ancianos en la ciudad de Arequipa, donde se quejaba, sin que nadie entendiera la razón, de que los empleados de ropería le habían hurtado su cámara fotográfica.

Nacido en Ica en 1905 uno y en Ayacucho en 1912 el otro, Antonio Mendoza Neyra y César Meza se instalaron de por vida en Cusco e hicieron de la fotografía su pasión y oficio. Antonio Mendoza fue primero soldado, músico y comerciante para dedicarse luego de lleno a registrar la vida de la ciudad con su cámara fotográfica. Activo principalmente entre 1940 y 1960, captó los desfiles escolares, las festividades religiosas, los paseos campestres y en general todo tipo de reunión familiar. Su legado más valioso, con todo, son las numerosas imágenes que ha dejado del terremoto que en 1950 asoló la ciudad. El legado

►
Hermanos Cabrera.
La Fiesta de la Cruz de Tetecaca.
Archivo Fototeca Andina.

Hermanos Cabrera.
Fiesta del Niño Jesús.
Archivo Fototeca Andina.





de este artista es conservado por su hijo Juan Mendoza, residente en Lima.

César Meza, por su parte, aprendió el oficio, como testimonia su hija Esther Meza, junto a los afamados maestros Miguel Chani y Juan Figueroa Aznar y tras independizarse estuvo al frente durante muchos años de uno de los estudios fotográficos más concurridos de la ciudad, el mismo que funcionaba en la que fuera la casa de Clorinda Matto de Turner, en una de las esquinas de la plaza San Francisco. El legado de Meza combina pues la fotografía en exteriores de los principales acontecimientos de la vida cusqueña con los retratos muy logrados de los diversos estratos sociales de la ciudad imperial. El acervo fotográfico de Meza está repartido entre la Fototeca Andina del Centro Bartolomé de Las Casas, el Centro Guaman Poma de Ayala y los familiares del artista.

Fototeca Andina

Alguien ha dicho que una fotografía es una imagen silenciosa, pero al mismo tiempo condensada, de una realidad determinada en un momento dado. Sin embargo, si aprendemos a leerla, esta imagen nos puede decir sobre su época mucho más cosas y con más detalles y de manera más impactante y directa que pilas de páginas escritas. Los miles de imágenes que capturaron en placas de vidrio los artistas que hemos mencionado y

que tanto pueden decírnos sobre el mundo andino de la primera mitad del siglo XX, se estaban perdiendo inexorablemente por desconocimiento, desinterés y descuido.

Fue esta preocupación la que movió al Centro Bartolomé de Las Casas del Cusco a impulsar, en 1988, la creación de la Fototeca Andina con el objetivo de salvar de la destrucción el invaluable patrimonio fotográfico que nos han legado los fotógrafos que trabajaron en los Andes del Perú.

En los años transcurridos desde su creación, la Fototeca Andina ha avanzado en varias direcciones al mismo tiempo: se han rescatado cerca de quince mil imágenes, entre placas de vidrio, negativos flexibles y copias en papel; se ha realizado una sistemática búsqueda de colecciones de fotografías todavía desconocidas por los especialistas; se ha realizado investigación en archivos y publicaciones, así como entre los familiares y descendientes de fotógrafos, para reconstruir poco a poco el fascinante universo de la fotografía andina; y, por último, se ha realizado una amplísima labor de difusión, mediante exposiciones, publicaciones, coloquios y charlas, de la obra de los fotógrafos cusqueños de la primera mitad del siglo.

No es exagerado decir que el de la fotografía andina es seguramente el descubrimiento artístico más importante de los últimos tiempos en el Perú. A la Fototeca Andina le corresponde parte del mérito de este descubrimiento.



Cambios en la cultura urbana del Cusco



Hace unos años, *National Geographic Traveler* colocó la plaza principal de la ciudad de Cusco entre las cinco más bellas del planeta. En efecto, ese conjunto arquitectónico en el que sobresalen dos portentos de la arquitectura colonial hispanoamericana, la catedral y la iglesia de la Compañía de Jesús, es impactante. Son contadas las personas que saben, sin embargo, que las arquerías que rodean los cuatro lados de la extensa plaza fueron casi íntegramente reconstruidas después del terremoto que asoló la ciudad en 1950. Las que existían antes, como se puede apreciar en fotografías antiguas, eran más modestas y no tan uniformes pero, junto con las casas coloniales también reconstruidas o reemplazadas después del terremoto, formaban un conjunto aún más único y valioso.

Esa catástrofe está en el origen de las transformaciones que ha experimentado Cusco en el último medio siglo. Las inversiones públicas para reconstruir la ciudad y dinamizar su economía atrajeron una oleada de migrantes de las provincias y regiones

vecinas. A su vez, el fracaso para promover el desarrollo de la región mediante la construcción de una central hidroeléctrica y una fábrica de fertilizantes dejó paso a un ambicioso programa para impulsar el turismo. La ciudad, que en 1911 había asistido al descubrimiento de Machu Picchu y era ya un imán para muchos viajeros, se encontró con su verdadera vocación.

Sentándonos en el atrio de la catedral, como hacen a diario centenares de turistas, podemos ver el impacto de estas transformaciones. Notaremos que quienes circulan por la plaza o toman el sol en las bancas o alrededor de la pileta son mayormente extranjeros. Los servicios que los visitantes demandan han ocupado todas las edificaciones de la plaza y alrededores, desde los locales de comida rápida hasta los restaurantes de cinco tenedores, incluyendo las tiendas de artesanía fina, los bares y discotecas, las agencias de viaje y por supuesto los infaltables hoteles.

Ante este panorama, cualquier cusqueño que frisa los sesenta se llena de nostalgia. Echa a volar la memoria y recuer-

Escenas urbanas del Cusco actual. Fotografías de Adriana Peralta.

da a señorones de terno y sombrero conversando al sol en las bancas o leyendo el periódico, ve en lugar de los autobuses panorámicos los pocos automóviles que prestaban el servicio de taxi, extraña los alfajores y pasteles que eran el orgullo de una pequeña cafetería en uno de los portales y los ponches del *Ayllu*, otro café tradicional reemplazado por un *Kentucky Fried Chicken*. Bien vista, sin embargo, esta nostalgia es al mismo tiempo expresión de las tensiones que remecen a una sociedad tradicional y aislada en el corazón de los Andes que se ha visto enfrentada de pronto a una modernidad llegada de la mano con la actividad turística.

Son casi seis décadas que el Cusco convive con un turismo relativamente masivo, pero hasta ahora no termina de comprender si se encuentra satisfecho o no con esta relación. Está feliz, claro, de que después del colapso de la actividad entre 1985 y 1995 a raíz de la violencia política, la economía local se haya dinamizado de nuevo. Está además gratamente sorprendido porque el número de visitantes en las dos últimas décadas no deja de aumentar considerablemente año a año. Y, sin embargo, se sigue quejando de que supuestamente se queda con la peor parte en el reparto de la torta que deja el turismo y sigue pensando en su mojigatería que los viajeros son unos libertinos que atentan contra el modo de vida local.

Pareciera que los habitantes de la ciudad no terminan de asumir cuánto han cambiado ellos mismos a raíz de la convivencia con los extranjeros. En el día, las picanterías siguen siendo esa caverna de la nacionalidad de la que hablaba Uriel García, el gran intelectual indigenista cusqueño de la primera mitad del

siglo XX, pero por las noches parroquianos de toda condición social frecuentan las pizzerías que atienden prácticamente en cada barrio. *Altamira*, allá por los setentas, se llamaba una de las primeras pizzerías que abrió sus puertas en la calle Procuradores y seguramente los primeros cusqueños que degustaron esa especialidad italiana dijeron con escepticismo: "¡Mal del todo no está!" No imaginaban que al cabo de unas décadas ese plato se convertiría en típico de la ciudad.

¿Y los supuestos atentados contra la moral? ¿De verdad son unos "antros" los locales nocturnos pensados para turistas, con su combinación de música andina en vivo al comienzo de la noche y rock del bueno hasta la madrugada? En los setentas, cuando gringuitas despercudidas empezaron a avivar la imaginación de los machos locales, hicieron su aparición los ahora míticos "bricheros". Afirman quienes manejan información de primera mano que eran tipos con cara de indio o cholo que se ponían un chullo cuando usar esa prenda era una vergüenza y tenían el atrevimiento de enamorar gringas. Lo más raro del asunto, sin embargo, y por eso nació la leyenda, era que estos "cholo lovers" tenían mucho éxito, hasta el extremo que en una época se llegó a decir que habían tres maneras de viajar a Europa: en avión, en barco y... en gringa.

El brichero, en esos remotos inicios de la era del turismo, era un personaje llamativo pero que no abundaba. En la actualidad, son tantos los cusqueños y cusqueñas que se relacionan con turistas que resulta difícil calificar a alguien de brichero o brichera. En todo caso, se utiliza el verbo "bricpear" para referirse al trato entre locales y extranjeros. ¿Implica relaciones íntimas



Cementerio de la Almudena. Fotografía de Adriana Peralta.



ese trato? ¡A quién le importa! En las últimas décadas, los jóvenes peruanos de ambos sexos empiezan a vivir su sexualidad bastante temprano y rompiendo los tabúes que atenazaban a generaciones anteriores.

De lo que todavía no logran despercudirse ni siquiera los cusqueños y cusqueñas más jóvenes es del machismo. El que parte de la sociedad local vea al brichero como un gigoló que somete a las extranjeras sobre todo gracias a sus atributos viriles es una clara expresión de esto. Personajes con tales características han llegado a la literatura, la historieta e incluso el cine y se están instalando en el imaginario local. No resulta nada extraño pues el terreno está abonado por los usos de una sociedad muy tradicional que todavía relega a la mujer al espacio doméstico y sanciona en ella comportamientos que en el caso del hombre no solo son permitidos sino incluso bien vistos.

El nuevo rostro del Cusco

A poca distancia de la plaza principal se encuentra otra, la de San Francisco, llamada así por la iglesia colonial que se yergue en unos de sus ángulos. Casonas republicanas y coloniales rodean los jardines que ocupan la parte central y dejan poco espacio para los usos públicos. Esto es compensado por la pequeña explanada que se extiende delante del colegio Ciencias, el más antiguo de la ciudad, y que los fines de semana congrega a una variopinta muchedumbre atraída por el expendio ambulante de comida y los espectáculos de teatro de la calle.

1, 2, 3 y 4. Escenas del Cusco de hoy. Serie fotográfica de Adriana Peralta.

Si en la plaza mayor de la ciudad se puede seguir muy bien las transformaciones provocadas por el turismo en las últimas décadas, en la algarabía reinante en San Francisco y más recientemente en la plazoleta San Pedro podemos ver el rostro del nuevo Cusco, ese que ha surgido en base al empeño de miles de migrantes llegados de las provincias y regiones vecinas y de sus hijas e hijos. Tienen en su mayoría el quechua como lengua materna y son por lo mismo de raíces indígenas. Al llegar a la ciudad se mestizan y se convierten paulatinamente en esas cholitas y cholos que fueron retratados por el mencionado Uriel García en su libro *El nuevo indio*. Se trata de esos mismos cholos y cholitas (o andinos como también se dice ahora) que en las últimas décadas han configurado gracias a su empuje y la lucha por sus derechos el nuevo rostro de Lima y en general de la sociedad peruana.

¿Por qué este tono un tanto épico para referirnos a cusqueñas y cusqueños de origen migrante? Acerquémonos al corillo que se ha formado alrededor de los artistas callejeros y encontraremos algunas respuestas. Los personajes suelen ser una pareja de cholos que encandila al público mostrando como con una aparente ingenuidad, simpleza casi, se puede sacar la vuelta a los abusos de los patrones y de los criollos de la costa, los primeros de una prepotencia y crueldad proverbiales y los segundos famosos por su viveza. Se trata de un humor bastante procaz reñido con el buen gusto, pero funcional para provocar una catarsis en quienes sufrieron y sufren todavía casi cotidianamente toda clase de humillaciones y postergaciones por ser indios o cholos.



Tomemos en consideración que hasta hace pocas décadas la sociedad cusqueña, y en general la peruana, se caracterizaba por el abismo que separaba a la clase señorial de hacendados de las mayorías de indígenas y cholos que carecían de los derechos más elementales, incluso el de ciudadanía por su condición de analfabetos. La migración a las ciudades desde los años cuarenta del siglo pasado abrió poco a poco las compuertas para que estos sectores escaparan al oprobio de la servidumbre y fueran conquistando con su esfuerzo más y más derechos. Se trata de una lucha que no ha terminado y que debe enfrentar todavía muchas barreras mentales, arraigadas en un racismo secular que es el obstáculo más grande para que el Cusco dé el salto definitivo a la modernidad.

Una de las maneras que han encontrado las élites locales de defender los últimos bastiones del orden tradicional es la exaltación del pasado incaico. Cusqueñismo e incanismo son los términos acuñados para referirse a ese discurso que encomia la grandeza del Cusco y le adjudica un papel rector de los destinos nacionales por el solo hecho de ser cuna del imperio de los Incas. En un juego de legitimación y deslegitimación, estos pasadistas, incluidos muchos artistas e intelectuales, se proclaman, más en las palabras que en los hechos, guardianes del legado arquitectónico y echan la culpa a los sectores de migrantes del daño que este sufre. “Son del campo —argumentan—. No saben vivir en la ciudad ni están en la capacidad de aquilatar el enorme valor de los restos incaicos y la arquitectura colonial.”

“Incas sí, indios no” es la consigna que resume esta postura y que se traduce de muchas maneras en el Cusco de hoy. Tenemos hasta

tres monumentos a los incas, el más reciente una figura dorada de dudoso gusto en la pileta de la Plaza de Armas, pero por regla no escrita los quechuahablantes nunca son atendidos en su lengua en una institución pública o una empresa, esto en una ciudad mayoritariamente bilingüe quechua-castellano. Un enorme mural en una de las avenidas principales muestra a los incas como civilizadores y la oscuridad reinante antes de su surgimiento, algo por supuesto reñido con una historia milenaria de desarrollo cultural anterior a ellos, pero en cualquier altercado callejero escucharemos que las palabras “indio” y “cholo” son los peores improperios. En cada acto público o ceremonia oficial los cusqueños nos llenamos la boca con las glorias del imperio, pero no nos damos cuenta de que seguimos conviviendo con rezagos del régimen de servidumbre como considerar impropio que la empleada doméstica se siente con nosotros en la mesa a la hora del almuerzo.

Tales son en suma las razones que se esconden detrás del humor callejero que se adueña de la plaza San Francisco y de la plazoleta San Pedro. En una de las esquinas de la primera plaza, alejada del jolgorio sabatino y dominguero, se encuentra la pequeña casona colonial en la que vivió la escritora Clorinda Matto de Turner a fines del siglo XIX. Ella tuvo el valor, en esa época, de denunciar la ignominiosa explotación que sufrían los indios a manos de hacendados, autoridades y curas. Su osadía le granjeó el rechazo de la Iglesia y las élites locales y la obligó a dejar el Cusco. Ahora la ciudad le rinde homenaje bautizando con su nombre instituciones y colegios, pero no termina de desembarazarse del racismo y el machismo, esas dos taras que afean su verdadero rostro, oculto en parte por una arquitectura de singular valor patrimonial.



El Cusco del Bicentenario



La proximidad de una fecha crucial nos regala una ocasión inmejorable para reflexionar sobre lo que hemos hecho y lo que quisiéramos hacer como personas, colectivos, empresas, ciudad, región o país. Las celebraciones del Bicentenario de la independencia del Perú, que se halla a la vuelta de la esquina, nos deben servir para reflexionar y plantearnos retos de cómo quisiéramos ver a nuestro Cusco en los años venideros, tal como lo hicieron movimientos memorables en nuestra historia reciente.

La famosa generación de la Sierra a comienzos del siglo XX hizo sentir su protesta por la situación de esa época y planteó visiones de futuro que moldearon el nuevo imaginario que desde entonces rige nuestro pensamiento colectivo a través del movimiento que más tarde se denominó como indigenista. Posteriormente, en los años cuarenta del pasado siglo, parte de quienes conformaron esta famosa generación de la Sierra y nuevos actores dieron nacimiento al cusqueñismo, cuyo aporte más importante a nuestra historia contemporánea fue la reval-

loración de nuestra cultura ancestral con la creación del día del Cusco y la escenificación del Inti Raymi, así como con un conjunto de propuestas que ya nos dejaban ver la importancia que debía tener el turismo para nuestro desarrollo.

El terremoto de 1950, un movimiento telúrico de gran magnitud, constituyó a la vez un hito del gran cambio que experimentaría el Cusco en las siguientes décadas a través de nuevas corrientes de pensamiento que abogaban por una ciudad más moderna y con mejor infraestructura. Fue la Corporación de Reconstrucción y Fomento (CRIF) el principal motor de esas transformaciones entre los años 1956 y 1969, con la restauración y reconstrucción de nuestro legado patrimonial y el impulso de obras como la hidroeléctrica de Machupicchu, los conjuntos habitacionales, el hospital regional, el aeropuerto Velasco Astete, la fábrica de fertilizantes de Cachimayo, etc., etc.

Es difícil entender cómo ese espíritu progresista cusqueño repentinamente empezó a declinar, ¿Fue acaso la dictadura militar de 1968 a 1980 la que nos desvió de nuestra apuesta por

◀
Vista del Cusco moderno desde el sitio incaico de Rumiwasi. Fotografía de Mónica Paredes.

Turistas. Fotografía de Adriana Peralta.

el futuro? ¿O tal vez fue la secuela de la década perdida de los ochenta la que nos arraigó cada vez más en la apología del pasado? Fuese por la razón que fuese, los movimientos sociales empezaron a enfocarse más en la protesta que en la propuesta y aquello que años atrás se vislumbró como promesa de un futuro mejor se convirtió en fuente de contradicciones. Esto condujo a que se frenaran muchos sueños cusqueños, como los proyectos formulados por el Convenio Perú – Unesco (Plan COPESCO), que buscaban potenciar circuitos turísticos con vías de comunicación y puesta en valor de monumentos, así como por medio de la construcción del Aeropuerto Internacional de Chinchero, cuyo primer proyecto data de 1983 y sigue siendo hasta hoy motivo de controversia regional y nacional.

Como si el legado que heredamos por haber sido el centro de la cultura originaria más importante de este lado del mundo no fuera suficiente, en 1984 la naturaleza nos premió con el hallazgo del yacimiento más grande de gas encontrado en nuestro continente (hasta ese momento), en la agreste Amazonía cusqueña de Camisea. Sin embargo, una vez más las discusiones, protestas y controversias surgidas entre coterráneos retrasaron más de veinte años el inicio de la explotación de este valiosísimo recurso.

La inminencia del cambio de milenio promovió nuevamente espacios para reflexionar sobre las perspectivas hacia las que queríamos enrumbar nuestra sociedad, tomando un destacado protagonismo movimientos como Perú 2021 y su correlato local de Cusco 2021. En ellos, un grupo diverso de cusqueños se plantearon una visión que nos hablaba nuevamente del desa-

rrollo que anhelaban nuestros abuelos, pero esta vez con algunos matices nuevos como sostenibilidad, tolerancia y equidad, enfatizando además los sectores y actividades que debíamos potenciar para lograrlo, como educación, salud, turismo, biodiversidad, medio ambiente, etc. Algo de esta visión se recogió en los planes de desarrollo estratégico al 2021 que se impulsaron durante el proceso de transición democrática de nuestro país, en un escenario de unión de voluntades y compromiso entre ciudadanos, instituciones, gremios y sector público; sin embargo, de todo este esfuerzo realizado con mucho altruismo y buena voluntad, muy poco fue tomado en cuenta por los gobiernos regionales que se eligieron a partir del 2003.

Años después, la explotación del gas de Camisea que tanta oposición suscitó por más de dos décadas en nuestra tierra, empezó a generar (desde el 2005 y sin que hiciésemos nada por merecerlo) grandes sumas de dinero a los gobiernos municipales, la región y la Universidad de San Antonio Abad por concepto del canon gasífero. Esta inusual riqueza pública provocó que los viejos pretextos que aducían que “no se podía fomentar el desarrollo y bienestar social por falta de recursos” fuesen reemplazados por otros aún más perversos como “falta de capacidad de gasto” y, peor aún, “mala calidad del gasto”. En efecto, luego de quince años de recibir ingresos importantes por dicho concepto, seguimos siendo una región con un gran déficit de infraestructura básica e Índices de Desarrollo Humano muy por debajo de los que todos deseáramos.

Justo al momento de escribir este artículo, nos encontramos ante una pandemia viral de escala global como nunca antes se

▶ 1, 2, 3 y 4. *Cultivos andinos y producción orgánica en Cusco. Fotografías de Manolo Chávez.*



había visto. Su avance viene poniendo a prueba los valores, creencias y paradigmas que definen la sociedad actual. No sabemos cómo quedará configurado el mundo después de esta crisis, pero está claro que en términos económicos será más pobre y el gran reto será cómo recuperar lo perdido y producir riqueza para seguir pensando en un futuro mejor de cara al Cusco del Bicentenario. Este desafío exigirá lo mejor de nuestras élites políticas, económicas e intelectuales, así como de autoridades y de nosotros mismos como ciudadanos comprometidos con una causa superior a cada uno, que es el bienestar de la sociedad en conjunto.

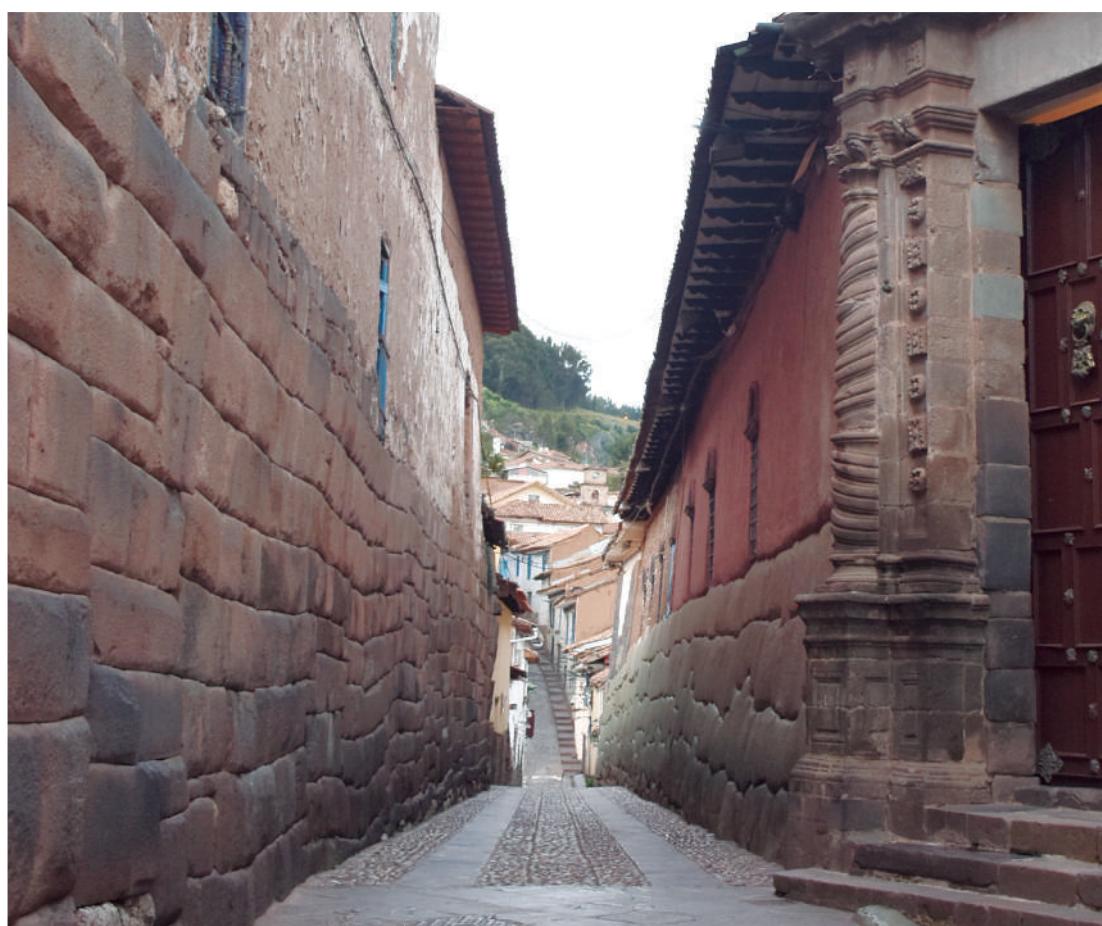
Más allá de nuestras ideologías o intereses personales o de grupo, el Bicentenario debe ser el momento para que proyectos como el nuevo aeropuerto se concreten, para que reconozcamos finalmente que el turismo tiene un papel articulador de nuestra economía regional puesto que genera una cadena de valor que involucra miles de puestos de trabajo directos y un sinfín de actividades conexas como la nueva agricultura de nicho, que produce productos de alto costo (frutos, flores, ver-

duras orgánicas, etc.) que solo pueden tener mercado con un elevado nivel adquisitivo, precisamente como el que el turismo le ofrece naturalmente. Será también el Bicentenario el espacio para revisar cómo hemos estado utilizando los recursos públicos generados por los cánones gasífero y minero, por los atractivos turísticos y otras rentas regionales, exigiendo no solo cantidad sino sobre todo calidad de gasto, para ir cerrando brechas en infraestructura básica y en nuestros indicadores sociales.

Ya no queda tiempo para seguir desaprovechando ventajas comparativas. Hagamos del Bicentenario una oportunidad más aliada del desarrollo que del conflicto, más amiga del compromiso que de la celebración, el jolgorio y el despilfarro. Hoy más que nunca es necesario que como sociedad desechemos (de una vez y para siempre) las actitudes que impiden que el desarrollo con equidad llegue a todos los que poblamos esta parte del planeta.

De nosotros depende recordar que nuestro compromiso principal es (y siempre será) con el futuro.

▶
 1, 2, 3 y 4. Escenas urbanas del Cusco durante la emergencia por el corona virus. Fotografías de Jazmín Lezama.



Sobre los autores y fotógrafos

Luis Nieto Degregori

Escritor cusqueño, autor de todos los textos incluidos en este libro salvo "El Cusco al Bicentenario", firmado por Fernando Ruiz Caro.

Editor del semanario de actualidad Sur, publicado por el Centro Bartolomé de Las Casas entre 1989 y 1992, y de las revistas Parlante y Crónicas Urbanas, publicadas por el Centro Guaman Poma hasta el 2017. Con artículos sobre el Cusco, sus atractivos turísticos y su historia ha colaborado en revistas extranjeras y nacionales como National Geographic en español, Altair (España), Somos del diario El Comercio, Rumbos, El Dorado, Bienvenida, etc. Es autor de los textos que conforman el libro Cusco tiempo y espacio, de la colección Apu de la AFP Integra y de numerosos textos para la Guía Inca del Cusco de editorial Peisa.

Algunos de los textos incluidos en el presente libro han aparecido antes en otras publicaciones. "El Cusco preincaico" está basado en un artículo publicado en la revista Crónicas Urbanas del Centro Guaman Poma. "El Cusco incaico", "El Cusco colonial" y "El Cusco republicano" han sido publicados en Cusco tiempo y espacio de AFP Integra y revisados y actualizados para el presente libro. "Las huacas del Cusco" se basa en artículos aparecidos en las revistas Caretas y Prestigia. "La Escuela Cusqueña de pintura" es la actualización de un artículo publicado en la Guía Inca de Cusco de editorial Peisa. "La Escuela Cusqueña de fotografía" resume artículos publicados en el periódico El Mundo y la revista Somos del diario El Comercio.

Finalmente, dos artículos han sido escritos especialmente para esta publicación: "La platería cusqueña" y "Cambios en la cultura urbana del Cusco".

Fernando Ruiz Caro Villagarcía

Es autor del texto "El Cusco al Bicentenario".

Presidente del directorio de Caja Cusco y de la Federación de Cajas Municipales del Perú, Ha sido presidente de la Cámara de Comercio del Cusco y de la Federación de Cámaras de Comercio del Sur y ha participado de espacios como la Mesa de Concertación para Lucha contra la Pobreza, la Comisión Ambiental Regional y el Instituto Americano de Arte. Ha sido ponente y promotor de diversos foros de reflexión sobre el futuro del Cusco y el Bicentenario.

Manolo Chávez

Fotógrafo profesional autodidacta, diseñador, curador fotográfico, especialista en fotografía documental y turística.

Ha realizado numerosas exposiciones individuales, entre ellas Tiempo de contemplar en el Museo del Coricancha (2004), Cusco a través de mis ojos en la sala de Scotiabank (2008) y Rostros del Perú en el Museo de la Nación (2009).

Ha colaborado en diversas publicaciones como Paisajes del Cusco y Cusco en fiesta de la Municipalidad Provincial del Cusco, así como en el libro Virgen del Carmen de Paucartambo promocionado por la Caja Municipal del Cusco.

Es fotógrafo de PROMPERU, MINCETUR, DIRCETUR, Municipalidad de Cusco y de agencias de viajes como Cóndor Travel, Lima Tours, Viajes Pacífico y Abercrombie & Kent.

Jazmín Aires Lezama Rivas

Fotógrafa profesional de la escuela de fotografía del Instituto Politécnico de la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria. Colabora con diversos medios como La República, Variedades del diario El Peruano, Ideario en Cusco entre otros.

Ha participado en diversas exposiciones colectivas y tiene cuatro muestras personales en Perú y una en España con su proyecto "He visitado Paucartambo". Ha publicado un libro personal "Taytacha" y colaborado con muchas publicaciones a nivel nacional.

Adriana Peralta Villavicencio

Fotógrafa, estudió periodismo en la Universidad Gama Filho de Río de Janeiro, Brasil, y cursó la Maestría en Comunicaciones en la Pontificia Universidad Católica del Perú. Trabaja independientemente colaborando con diversas publicaciones de prensa y las relacionadas a la difusión de temas de identidad y preservación de la cultura andina. Su trabajo fotográfico es básicamente documentalista y su propósito es ser cronista de las manifestaciones culturales, costumbres y la vida cotidiana de la gente de Cusco.

Actualmente, está encargada de los proyectos gráficos de la editorial cusqueña Ceques y es miembro del colectivo cusqueño de fotógrafos Ñawinchis.

Alfredo Velarde

Artista visual, fotógrafo, videoartista y diseñador. Su trabajo fotográfico creativo y documental explora el sincretismo, tradición y cultura popular contemporánea. Corpus (2019), Instante (2016) y Anacrónica (2015) destacan dentro sus recientes exposiciones fotográficas individuales. Algunos de los espacios en los que ha mostrado su trabajo audiovisual y fotográfico fueron: 03 Videoakt International Videoart Biennial (Barcelona, España); IV Festival de Cine Peruano Cinesuyu (Cusco, Perú); Corriente - Encuentro de desarrollo de cine de no ficción (Arequipa, Perú); BOX Videoart Project Space (Milán, Italia); Ultramar - Selección internacional de Videoarte Latinoamericano (Andalucía, España).

En 2015 destaca su participación en el reportaje The Mochileros of cocaine valley (VRAEM) realizado para la BBC News. Ese año también obtiene el primer lugar de la Categoría Profesional en el I Premio Regional de Fotografía, organizado por el Gobierno Regional de Cusco. En 2019 fue finalista en el Concurso Internacional de Fotografía Mira Mobile Prize (Portugal), iniciativa que premia a las mejores imágenes capturadas con dispositivos móviles. Ese año participó también en Horn Festival - Contemporary Film Festival (Jerusalén, Israel). Ha desarrollado proyectos curatoriales de fotografía y sido parte de publicaciones editoriales de fotografía documental y arquitectura.

